VINCULOS

Primer concurso
Cuenta cuentos



Primer concurso

Cuentacuentos

VINCULOS

Primer concurso Cuentacuentos
Universidad Nacional Autónoma de México
Facultad de Ingeniería
2012, 68 págs.

PRIMER CONCURSO CUENTACUENTOS

Prohibida la reproducción o transmisión total o parcial
por cualquier medio sin la autorización escrita del titular
de los derechos patrimoniales.

Primera edición, 2012

D.R. © 2012, Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, Delegación Coyoacán, C.P. 04510, México, D.F.

Facultad de Ingeniería
Avenida Universidad 3000 Ciudad Universitaria,
Delegación Coyoacán, C.P. 04510, México, D.F.
http://www.ingenieria.unam.mx/
Diseño de portada, formación editorial e ilustraciones:
Nismet Díaz Ferro, Unidad de Apoyo Editorial.

Contenido

Presentación 1
Prólogo 7

El dulce canto ahogado de una pequeña sirena 11

Otro día 21
ganador del segundo lugar

Sirena 25

El cuento de un oso y ella 31
ganador del tercer lugar

Inconsciencia 37

Changobús 43

El cuentacuentos 49
ganador del primer lugar

Ad astra per aspera 59

Participantes del concurso 63

Presentación

Pablo Medina Mora E.
Secretario de Apoyo a la Docencia,
Facultad de Ingeniería

Con diversos propósitos, entre ellos, el cariño por nuestro idioma, el reconocimiento al talento de nuestros estudiantes y la presencia de las humanidades en la ingeniería, la Secretaría de Apoyo a la Docencia de la Facultad de Ingeniería, a través de la Coordinación de Programas de Atención Diferenciada para Alumnos (COPADI), organizó el concurso *Cuentacuentos,* cuyos cuentos finalistas se presentan en este volumen. El concurso, su origen, planeación, campaña, evaluación, premiación, publicación, todo, ha sido una formidable experiencia. Se ha tratado de una espiral ascendente, que seguramente continuará ahora con su lectura, amables lectores.

La convocatoria del concurso *Cuentacuentos* se emitió el 8 de agosto de 2011, el primer día de clases del semestre 2012-1 en la Universidad Nacional Autónoma de México, con estudiantes de primer ingreso a bordo. ¿Sus requisitos? Ser estudiante de la Facultad de Ingeniería (FI) y presentar un cuento de tres o cuatro cuartillas. El cartel mediante el que se promovió el concurso simulaba una hoja para escribir con la imagen de «*dos estudiantes*

compartiendo un cuento, sentados en uno de los lugares favoritos de la FI, La Leonardita» (Y se oía la indicación: "peguen por favor el cartel en todos los edificios, del edificio A al edificio W ¡y luego de regreso!").

El martes 30 de agosto era la fecha límite para registrar los cuentos. Para el viernes 12 no se había registrado cuento alguno, ni tampoco para el viernes 19. Los registros comenzaron el lunes 22, ese día se recibieron los primeros 3 cuentos. Para la noche del viernes 26 se tenían ya 24 cuentos registrados. ¿Cuántos más podríamos esperar? El lunes 29 se registraron 13 más, pero el martes 30, el último día, desfilaron por la COPADI 130 concursantes. Se reunió así un total de 167 cuentos. La lista completa, con título del cuento, seudónimo y nombre del autor, se encuentra al final de este volumen. ¡Tengan estos estudiantes un merecido aplauso!

Entre los concursantes, hubo estudiantes de Ingeniería Civil, Ingeniería Mecatrónica, Ingeniería de Minas y Metalurgista, Ingeniería en Computación, Ingeniería Geofísica, Ingeniería Mecánica, Ingeniería en Telecomunicaciones, Ingeniería Petrolera, Ingeniería Geomática, Ingeniería Industrial, Ingeniería Eléctrica Electrónica e Ingeniería Geológica, es decir, de todas las carreras de la Facultad de Ingeniería. Se inscribieron 78% hombres y 22% mujeres, y por generación, 23% de la 2012 (nuevo ingreso), 27% de la 2011, 15% de la 2010, 19% de la 2009 y 16% de la 2008 o anteriores.

El jurado del concurso lo integraron cuatro muy estimados profesores de la División de Ciencias Sociales y Humanidades de la Facultad de Ingeniería: María Cuairán Ruidiaz, Pablo García y Colomé, Gonzalo López de Haro y Margarita Puebla Cadena. La evaluación se realizó en dos etapas, una para seleccionar a los finalistas y una segunda para determinar los tres primeros lugares. Entre sentimientos de admiración (por la calidad de los cuentos),

aflicción (por descartar querencias) y satisfacción (por realizar una tarea placentera) y un procedimiento de evaluación, con énfasis en lo cualitativo, el jurado realizó ejemplarmente su encomienda.

El 11 de noviembre de 2012 se realizó la premiación del concurso *Cuentacuentos.* El lugar, el Auditorio Ingeniero Javier Barros Sierra. A la premiación se invitó a todos los estudiantes concursantes, así como a sus familiares, los que asistieron en notable número. Este era un día de fiesta. El maestro de ceremonias, el Licenciado Enrique Fabián Cervantes, comenzó dando la bienvenida, «esperamos que disfruten del acontecimiento», dijo. En el primer acto se presentaron, escritos en pantalla y leídos en voz de estudiantes, los títulos de los 167 cuentos y los pseudónimos y nombres de los concursantes, Juan Tentarías, Mumm-Ra, Lilly Spagetti, El K-Pi, Algarabía…

Acto seguido se entregó un reconocimiento especial, solicitado por el jurado, a los finalistas del certamen: José Gibrán Alcántara González: *El dulce canto ahogado de una pequeña sirena;* Gerardo Alonso Quiñonez: *Otro día;* Alejandro Camacho Orea: *Sirena;* Moisés Cruz Vázquez: *El cuento de un oso y ella;* Carlos Gilberto Gómez Monroy: *Inconsciencia;* Salvador Gómez Moya: *Changobús;* Alan Hernández López: *El cuentacuentos;* Estibaliz Gabriela Molina Ibarra: *Ad astra per aspera.* Y a nombre del jurado, el Ing. Gonzalo López de Haro resaltó que los cuentos finalistas son una muestra de la riqueza expresiva, variedad temática y preocupaciones de nuestra comunidad estudiantil.

El acto culminante de la ceremonia fue la premiación de los cuentos que ocuparon los tres primeros lugares, acompañada con su lectura acompasada, en voz alta, con luz tenue y auditorio lleno. Tercer lugar de Moisés Cruz Vázquez *El cuento de un oso y ella*. Segundo lugar de Gerardo Alonso

Quiñones *Otro día*. Y primer lugar de Alan Hernández López *El cuentacuentos*. (Graciosa coincidencia: Precisamente *El cuentacuentos* es el primer lugar del primer concurso *Cuentacuentos*). Pero aquí no terminó todo, la premiación remató de una manera extraordinaria, gracias a su invitado especial, el ingeniero y escritor Hernán Lara Zavala.

A continuación, permítasenos transcribir lo que escribió Iris Moreno en la nota Imaginación creadora en 167 cuentos publicada en la Gaceta de la Facultad de Ingeniería del 11/11/11, sobre la intervención de Hernán Lara Zavala en el evento:

> Hernán Lara Zavala recordó que fue en ese mismo auditorio donde hace 35 años él tuvo la fortuna de escuchar y conocer al gran escritor mexicano Juan José Arreola quien, con su potente voz y entusiasmo, lo inspiró a él y otros colegas a seguir el camino de las letras. Dijo que muchísimos escritores afamados, de México y el mundo, tienen como primera formación la carrera de ingeniería; es el caso de Enrique Krauze, Vicente Leñero, Jorge Ibargüengoitia, Fiódor Dostoyevski, Norman Mailer, Thomas Pynchon y Robert Louis Stevenson: «La carrera de Ingeniería es muy completa y provee al estudiante de una lógica interna que se adquiere a través de las muy estimulantes y difíciles materias de ciencias básicas que nos brindan la oportunidad de ejercitar la mente, el ingenio y la memoria»
>
> Agregó que detrás de todo gran escritor debe haber primero un gran lector y recomendó a los estudiantes nunca dejar de leer ya que, aunque su anhelo sea ser ingenieros y no escritores, la lectura ayuda a las personas a ampliar su criterio y sus fronteras, a adoptar una posición frente al mundo, a saber dónde están situadas, a ser autocríticas, a sentirse menos solas, a tratar de encontrar respuestas a preguntas que muchas veces no las tienen, y a entender que nuestros problemas han ocurrido antes en el mundo.
>
> De la misma manera, a quienes tienen el anhelo de soltar la mano y afilar la pluma les dijo que no deben de cejar en su intento: «todos tenemos al menos una historia que contar y la forma de lograrlo es buscar con fuerza la mejor manera de expresarla y cristalizarla mediante la escritura. Para ello, se requiere primero leer mucho; encuentren escritores con los que se sientan identificados, no para imitarlos, sino para aprender. Luego, cuando escriban, revisen sus textos, borren, déjenlos reposar y vuelvan a tomarlos para irlos comprimiendo como elegantemente se hace en la resolución de ecuaciones para llegar a las soluciones. Hago votos para que el esfuerzo del Concurso *Cuentacuentos* se continúe y el próximo año más ingenieros expresen sus pensamientos a través de la palabra.»

Terminemos esta presentación expresando el debido agradecimiento al Director de la Facultad de Ingeniería, el Mtro. Gonzalo Guerrero Zepeda, dado que sin su apoyo no hubiera sido posible la realización de este concurso. Es conocido que Gonzalo alienta de manera decidida todas las actividades que favorecen el desarrollo integral de los estudiantes. Nunca dudó en la pertinencia del concurso, apoyó de manera definitiva en la consecución de los patrocinios y fue él quien presidió la ceremonia de premiación, en donde agradeció a todos los participantes, felicitó a los jóvenes que gustan de las letras, festejó el vicio de la lectura y dio pie a la publicación que aquí se presenta.

Prólogo

Gonzalo López de Haro
Secretario General, Facultad de Ingeniería

Esta publicación reúne los ocho textos finalistas de la primera edición del certamen Cuentacuentos, organizado por la Facultad de Ingeniería de la UNAM, en el año 2011. Fue un verdadero gusto constatar que la participación de la comunidad estudiantil de la Facultad rebasara, con mucho, las más optimistas expectativas. Y la agradable sorpresa no sólo fue la cantidad de textos, participantes sino también los buenos niveles de calidad de muchos de ellos: cuentos bien logrados en *lo que se dice* y en *cómo se dice*.

Como integrante del jurado del certamen, puedo dar cuenta de que la decisión final del mismo no fue nada fácil. Lo complejo del asunto no consistió en *qué seleccionar,* sino en *qué no seleccionar.* Constatamos —en carne propia— lo difícil que resulta en la práctica comparar cuentos de diversos cortes, con un amplio espectro de méritos: ¿cómo comparar, por ejemplo, cuentos de carga realista con otros de carga simbólica? Algunos de los textos se apreciaron valiosos en la forma, otros en la anécdota, otros en la

elección del punto de vista, y otros más en su patente esfuerzo de búsqueda expresiva. Pero ¿qué fruta es más sabrosa? ¿la pera o la manzana?; ¿prefieres morir por una pisada de elefante? ¿o de rinoceronte?; ¿quién es mejor? ¿Plácido Domingo o Pavarotti?

En un género tan resbaladizo como el género cuentístico, la comparación objetiva de textos es una utopía. ¿El jurado fue objetivo? La verdad es que no. No lo fue. No podía serlo. Su fallo se sustentó en la discusión —bien subjetiva— de los valores percibidos por cada uno de sus miembros en cada cuento, en un proceso que pudiera calificarse como de «convergencia de subjetividades». En lo que sí hubo unanimidad y alegría fue en constatar la abundancia y variedad de las muestras de talento de los alumnos de esta Facultad.

A continuación se anota un breve comentario de cada uno de los ocho cuentos finalistas, como ejemplo de la diversidad temática de los textos que se presentaron y de las capacidades imaginativas de sus creadores.

El «Cuento de un oso y ella» contrasta el mundo de los niños y el de los adultos mediante un juego de metáforas contrapuestas: por un lado la destructividad irracional e inexplicable; por el otro, la afectividad como único asidero.

«El dulce canto ahogado de una pequeña sirena» retrata el micromundo de una familia marcada por las secuelas de una irremediable tragedia.

El retrato de un indigente, un marginado social, perdedor de la imagen que proyecta al mundo, pero vencedor en la lucha por su propia libertad es el asunto alrededor del cual está construido el cuento titulado «Inconsciencia».

«Ad astra per áspera» (a las estrellas por el camino más difícil) es un relato de ficción que remite a un alucinante mundo futuro en permanente guerra, en el que nanomáquinas y virus enfrentados llevan al hombre a un estado en el que resulta imposible morir.

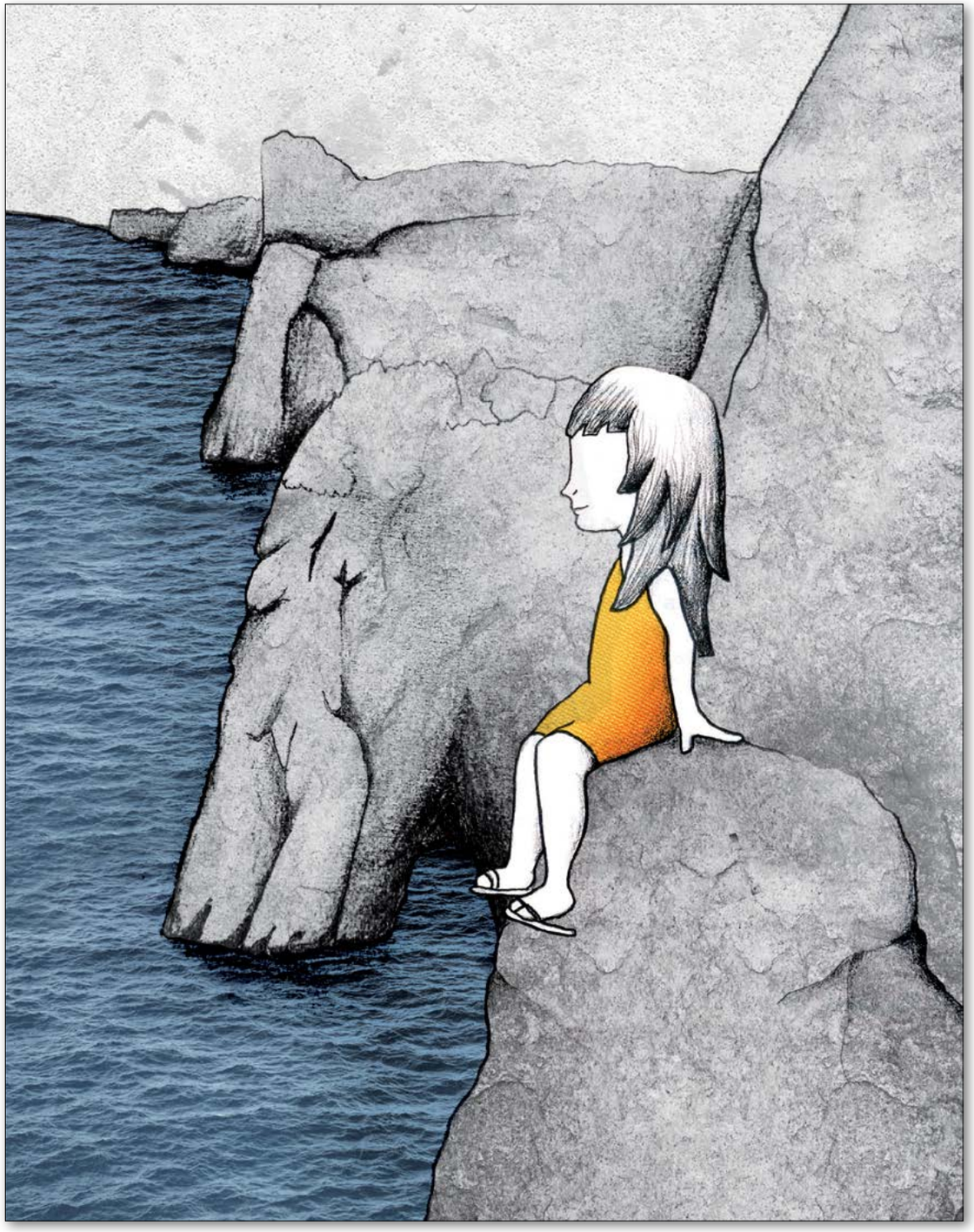
«0tro día» es un texto breve, pero muy intenso y cercano, construido alrededor de sentimientos que se mueven entre el arraigo y el desarraigo, entre la nostalgia y la esperanza.

La reseña de una muerte accidental, que oscila entre lo previsible y lo imprevisible, ambientada en un campus universitario «ficticio» es el tema del cuento «Changobús».

Una inquietante receta de alta cocina, presentada en tono profesional y distante, para preparar y degustar un jugoso filete de origen marino y de raíz mitológica es el tema del cuento «Sirena».

«El Cuentacuentos», por su parte, presenta un retrato nostálgico de un personaje entrañable en una parábola en que se fusionan la palabra y la vida.

Ahí están, pues, los cuentos. Con ellos queda el lector.



El dulce canto ahogado de una pequeña sirena

José Gibrán Alcántara González
«Mazzzter»

Cientos de años atrás se creía que las sirenas, preciosos y malvados seres con cuerpo de mujer y cola de pez, aparecían en las rocas de los mares y océanos para atraer a los aventureros embrujados con su hermosa melodía y luego llevarlos al fondo del mar en donde morían ahogados…

El viento acarreaba una brisa deliciosa. Las enrojecidas mejillas de un pequeño y su madre recibían con enorme placer el regalo del océano. La sensación fresca traía consigo un buen presagio, después de cambiar de residencia, ir de una ciudad artificial a una tropical no era un cambio bastante fácil, aunque para Sara y su esposo Mario, el mar no era del todo desconocido…

Jesús salió de su casa bastante contento, le encantaba sentir el sol en su piel en las alturas de su hogar; el espacio arenoso era grande y libre para que se revolcara por todas partes. Nadie nunca le regaño por ensuciarse, sus

padres eran felices viendo su ropa llena de tierra, llena de horas de diversión infantil; eran felices de ver la alegría en el rostro de su pequeño hijo.

El niño tomó sus carritos de juguete y comenzó a avanzarlos por todo el suelo, arrastrándose con ellos. Los diminutos conductores emprendían una aventura a tierras desconocidas, eran llevados a un lugar con una alberca gigantesca, más grande de lo que cualquiera puede imaginarse, en donde el viento no deja que el cabello se quede quieto y siempre arrastra un olor bastante especial consigo. Los autitos frenaron de golpe al llegar al borde de un precipicio. Jesús dejó sus carritos en el suelo y caminó hacia la orilla, se asomó y comenzó a ver el mar, era precioso. Continuó examinando las rocas, el reflejo de la luz en el agua, el sol, la arena y de pronto, una silueta.

Una niña sentada sobre una enorme roca en la parte más profunda del acantilado, observaba cabizbaja la profundidad del agua mientras cantaba con voz casi inaudible alguna melodía difícil de reconocer desde lo alto de la posición de Jesús. Mientras tanto, el pequeño comenzaba a preocuparse, su madre había restringido todo lo que tuviera que ver con aquel barranco y esa niña estaba rompiendo las reglas, la desobediencia traía cosas malas consigo, como cuando se cayó de las escaleras meses atrás, fue una lección dura, pero clara.

Jesús intentó llamar la atención de la niña, hacerle saber que estaba mal estar allá abajo, pero ella no escuchaba. En su angustia, corrió hacia su casa para avisar a su madre, sabía que ella era buena y no regañaría a la niña, quizá no sabía que era peligroso estar en las rocas. Entró en la sala y estaba vacía, así que subió al cuarto de sus padres entrando rápidamente y sin llamar a la puerta antes.

Tanto Sara como Mario recibieron una sorpresa, no habían asegurado la entrada del cuarto; esperaban que el niño jugara afuera por más tiempo como era costumbre y fueron atrapados en una situación un poco embarazosa.

Ambos padres se sobresaltaron y se sentaron sobre la cama, recuperaron el aliento y regañaron al niño; tocar la puerta antes de entrar a una habitación era una regla bastante seria, sobre todo por evitar esas situaciones, no obstante, una emergencia siempre implica una prioridad más grande, Jesús podía saber eso, pero lo adultos a veces no son conscientes de ello.

La mirada de la madre fue directa a los ojos de Jesús y él no pudo entender qué la ponía tan seria. Debían salir para hablar. Su papó tomó la iniciativa, convenciendo a Sara de que sería más adecuado que fuera una charla de padre a hijo.

Los dos hombres caminaron fuera del cuarto y se dirigieron a la sala y ambos tomaron asiento, Jesús parecía no estar concentrado, más bien se notaba muy inquieto. Su padre intentó iniciar una conversación serie sobre lo que ocurre con un matrimonio cuando hay amor, pero el niño ni siquiera tenía intenciones de hablar al respecto, ni curiosidad sobre lo que vio; a él sólo le preocupaba aquella niña en peligro, pero por más que la mencionaba, su padre no parecía entender.

Entre la desesperación y la incongruencia, el pequeño Jesús salió disparado de la habitación y su papá fue detrás de él. El niño se acercó demasiado al acantilado y su rostro se tornó pálido, era demasiada altura para su cuerpo tan pequeño; su padre lo tomó por el brazo en seguida, le preguntó con voz firme que qué hacía y lo regañó por acercarse tanto a esa zona prohibida; Jesús empezó a llorar.

En la mañana siguiente, Jesús se despertó antes que sus padres y se levantó bastante ansioso, se dirigía a toda velocidad hacia el precipicio, debía saber si la niña estaba bien o le había pasado algo, pero no pudo abrir la puerta, estaba asegurada. Sus padres no estaban muy cómodos con la idea de dejarlo salir de nuevo por miedo a que se cayera hacia las rocas en la orilla del mar.

Frustrado por no poder salir, Jesús subió a la habitación de sus padres e hizo un gran berrinche. No paraba de gritar que lo dejaran salir; pero mientras más lloraba y escandalizaba, menos intención dejaba a sus padres de darle permiso. Al final tuvo que parar de llorar y sus papás, controlando su enojo, decidieron tomar un baño antes de que todos bajaran a desayunar.

Sara terminó de lavar los platos y subió al cuarto a continuar acomodando las cosas de la mudanza con su marido. Mientras tanto el pequeño Jesús, ya mas tranquilo, jugaba en la sala con sus carritos de juguete. En eso escuchó en la lejanía un canto bastante hermoso, una voz femenina celestial que no decía palabra alguna, pero expresaba todo sentimiento posible. Se asomó por la ventana, descubriendo no sólo que el sonido provenía del mar, sino también que sus padres la habían dejado abierta, era la ruta de escape perfecta.

Llegó a la orilla del precipicio y vio de nuevo a aquella niña, esta vez cantaba, con mayor fuerza, como un ángel, la Nana de la luna, una canción de cuna que hacía eco en la memoria de Jesús… *«Clara la luna va entre las ramas. Deja su luz por donde quiera que pasa. Ilumina los pastos y lombrices enanas… para que no se pierdan camino a casa»*. Ignorando la dulce melodía de la pequeña, Jesús continuó en su intento por llamar su atención y hacer que subiera a un lugar seguro, pero su voz se perdía en la distancia.

El canto continuaba y era cada vez más intenso, más audible, más sólido: *«Donde van los bichitos, mamita mía… cuando la noche llega sin luna blanca?… Se quedan en casa, querida hija… mientras mamita les canta nanas… »*. Todo el ruido del exterior se apagaba lentamente. Jesús comenzó a desesperar y, armándose de valor, bajó a aquellas rocas de las que su madre le había alertado con tanta energía. Mientras bajaba con la mayor cautela posible le insistía a la niña para que regresara.

Sin embargo, ella le resultó muy necia, pues se levantó y aparentaba intenciones de arrojarse al mar que se embravecía a cada pos del pequeño Jesús.

Ella seguía caminando lentamente sobre las rocas, como el sol del atardecer, que iba cediendo pausadamente el paso a la noche. Jesús, espantado, se apresuró, tanto que al saltar sobre una de las rocas se cayó y se golpeó la cara, sangre salía de su labio inferior, pero él no lloraba, tenía el coraje para ir por aquella niña en peligro. Volteó hacia el horizonte y las olas que ya eran colosales le impedían verla por completo.

Mientras tanto, Sara y Mario platicaban sobre lo ocurrido la noche anterior. Él no quería decirle sobre la «niña» de la que su hijo no había parado de hablar, pero, de alguna forma, debía decirle que algo no iba muy bien, que quizá tenía una amiga imaginaria y se estaba convirtiendo en un problema. Por más prudente que intentó ser, su esposa explotó al escuchar sobre la niña, imágenes que parecían olvidadas fueron reavivadas, una luz que parecía dormir en ella fue despertada.

Entonces, como la chispa de un motor, su interior comenzó a encenderse; algo no dejaba tranquilo el corazón de Sara. Recuerdos se mezclaron con el presente en un torbellino; algo estaba mal. Despertó de un trance

momentáneo y volteó a ver a la ventana de su habitación, estaba abierta y el viento movía las blancas cortinas con fuerza. Ella supo en seguida que algo no estaba en su lugar.

Sara no esperaría ni un segundo más, bajó las escaleras casi saltando, y llena de desesperación gritó el nombre de su hijo y lo buscó en todos los rincones posibles de la sala hasta que vio aquella ventana abierta con las cortinas llenas de tierra de la jardinera. Mario sólo atinó a ver su rastro mientras salía aterrada de la casa.

Siguiendo las pequeñas huellas y el eco de los gritos de un niño, Sara encontró a su hijo parado sobre las rocas viendo hacia el horizonte como buscando a alguien, estaba muy cerca del mar y sus enormes olas que ya eran como fauces de un depredador hambriento.

Jesús siguió hablándole a la niña, pidiéndole que regresara, pero como no lo hizo, se armó de valor y entró al mundo deshabitado por humanos, el reino de los peces y todo lo que puede nadar, eso a lo que él no pertenecía. A penas la espuma rozaba con sus pies, el frío le enchinaba la piel y le arrebataba el aliento, pero al ver a esa niña dirigiéndose hasta su oscuro destino, hacía presión en el pecho, cerraba la garganta y avanzaba firmemente.

El canto melódico continuaba dirigiendo la atención de Jesús, él no veía más que a la pequeña intérprete que avanzaba con lentitud hacia las olas mortíferas. Ya no atenía caso seguir pidiéndole que regresara, el ensordecedor estruendo de las olas y el efecto sonoro de su hermoso canto arrebataban cualquier otro ruido en el entorno.

Sara, desesperada, dio el salto más grande que una señora de cuarenta y tantos años haya podido dar jamás sin lastimarse un solo hueso, sin rasgarse ni una porción de piel; continuó gritándole a su hijo mientras

avanzaba entre las rocas. El viento desterraba cada gramo de paz en el aire y cada intento de comunicación, su hijo avanzaba hacia la muerte frente a sus ojos.

De pronto llegó el ocaso; el sol se ocultó, la noche dio su inicio viendo los ojos de un niño que se rodeaban lentamente de agua entre las olas, que se enrojecía por el efecto ardiente de la sal marina; el silencio era perpetuo, los gritos de una madre histérica y los de un padre angustiado se veían ahogados entre el pacifismo de la playa y la brisa. El mar resultó un enemigo con máscara de amigo, aparentaba una gran tranquilidad mientras intentaba arrebatar la vida de un niño indefenso.

Así que Sara emprendió su combate contra la temible fiera mientras nadaba entre sus mandíbulas, buscando desesperadamente al ser humano a quien más amaba y a quien no dejaría ser devorado por tan ambicioso animal. Usaba sus manos como navajas para cortar cada pedazo de piel acuática que pudiera envolver a su hijo, sus piernas pataleaban llenas de odio, como si quisiera herir al mar.

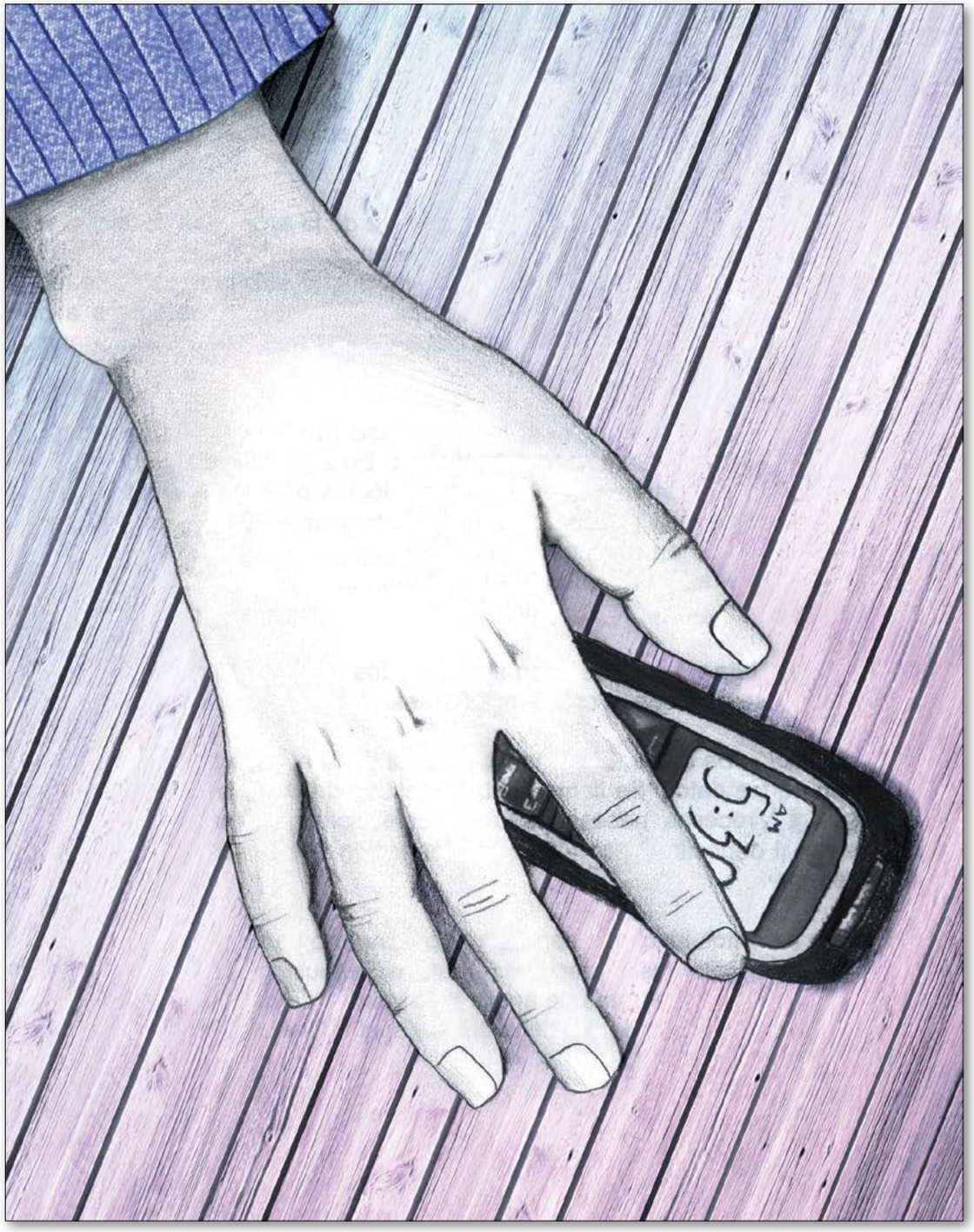
Y en un deslumbrante encuentro, como cuando dio a luz aquella noche de tormenta y relámpagos, su madre encontró a su pequeño empapado; despojó a esa bestia del cuerpo inconsciente del niño e intentó reanimarlo con las fuerzas de Dios, pues ella se sabía inútil; usó toda su sabiduría y amor para devolverle el aliento a su pequeño. Finalmente, como un clímax, Jesús escupió el agua que se encontraba en sus pulmones, era la muerte que se expulsaba del cuerpo del niño, el renacimiento de un ser.

Después de toser con bastante fuerza, Jesús abrió un poco los ojos y vio a sus padres reunidos y tomándose con fuerza mientras lo sostenían en medio de la tempestad. Sin embargo, no se veía feliz, le reclamaba a su

madre el no haber salvado a la niña, a esa inocente por la que él arriesgó su vida, pero en vano. Sara sólo lloró, no sabía si por alegría o por tristeza, simplemente lloró.

En la madrugada, mientras todos dormían ya en la seguridad y tranquilidad de su hogar, Sara bajó cargando a cuestas su insomnio y entró a un cuarto que había permanecido cerrado por muchos años, sólo ella tenía la llave, la cargaba colgada del pecho como un amuleto, era el símbolo de un dolor encerrado. Esa noche lo dejó libre.

Peluches, juguetes y adornos rosas inundaban la habitación solitaria. La luz de una lámpara de tocador daba una sensación cálida de frío cuarto de un antiguo habitante de esa casa, un antiguo miembro de una familia. Las memorias despertadas en ese día eran tan brillantes para Sara. Se acostó sobre la cama y al recuerdo de las palabras de su hijo, sólo pronunciaba lo mismo una y otra vez entre sus sollozos: «*Lo siento hija, ¡perdóname ya por favor!*»



Segundo lugar

Otro día

Gerardo Alonso Quiñonez
«Gerii»

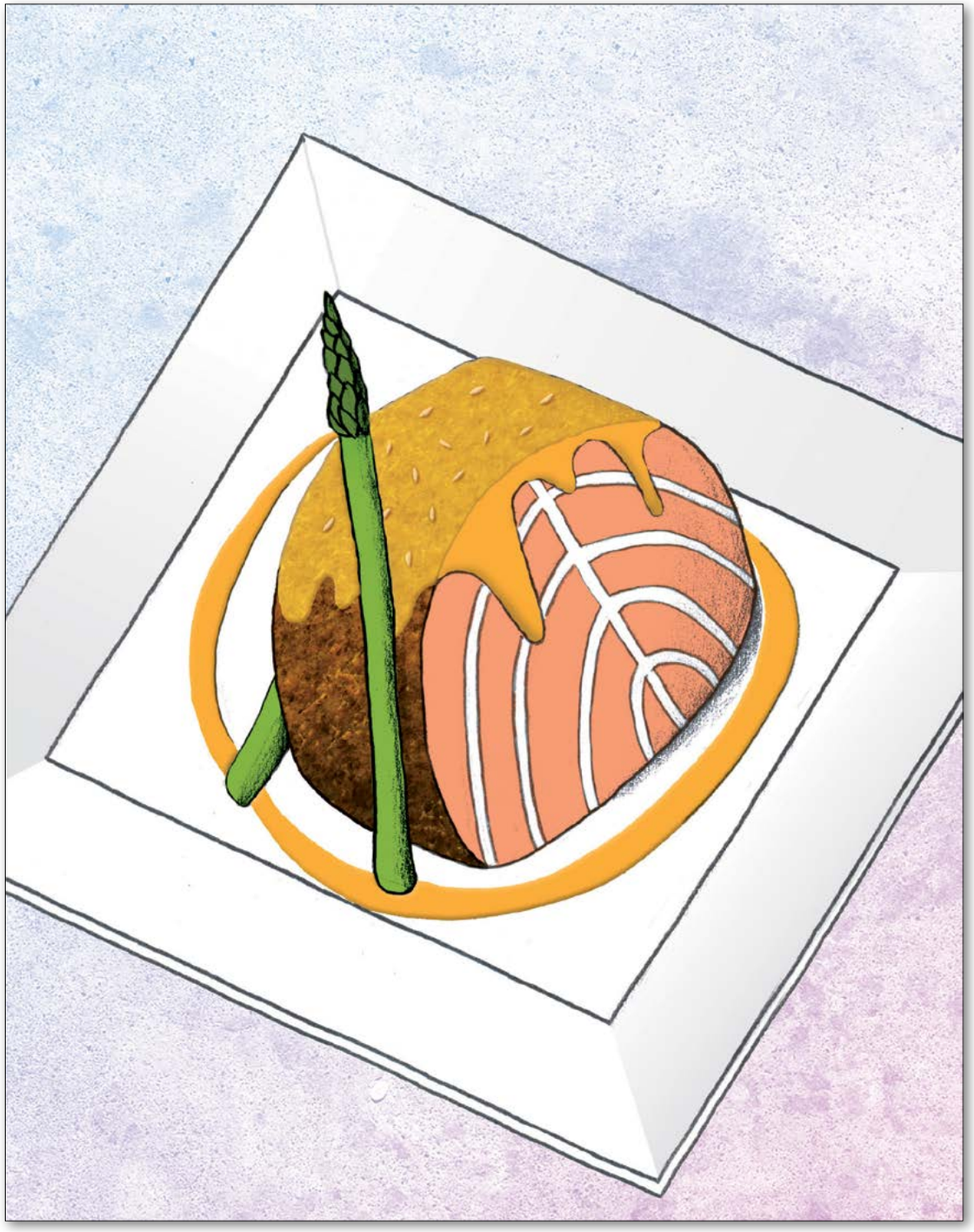
No existe peor manera de comenzar el día que despertar a las cinco y media de la mañana con la alarma desesperada de un celular de ciento cincuenta pesos. Se puede agregar que además no hay nada en el refrigerador más que unas tortillas que se endurecieron porque, para variar, olvidé meterlas en una bolsa de plástico. Al menos puedo acompañarlas con un queso «de hebra» que aquí lo conocen como queso Oaxaca, aunque éste sabe más fuerte que una piña fermentada.

Camino con lentitud y observo que el calentador todavía no sirve y una llamarada casi explosión me advierte que no debo intentar prenderlo. Resignado, me baño en ese manantial ártico que me eriza la piel y me saca unos cuantos jadeos. Después de la ducha «revitalizante», busco mis cosas en medio de la oscuridad. Sí, desde ayer no hay energía eléctrica y los amables señores de la CFE no vendrán hasta las seis de la tarde.

Hace ya un año que llegué al Distrito Federal y ahora es cuando comienza a pesar la soledad, las rentas caras, el sueño acumulado y la falta de familia. Hoy más que nunca me veo en el pequeño espejo que me robé del anterior departamento y tengo infinitas ganas de ir a la TAPO, reclamar que el boleto está exageradamente caro pero aún así pagar los doscientos noventa pesos y regresar a mi hogar. Hoy extraño el aire más limpio y hasta las balaceras, los retenes, los cientos de grupos criminales que se pelean entre ellos y la inseguridad provocada por esta maldita «guerra» me causan nostalgia. Sin muchos rodeos, diré que comienzo a extrañar mi querido «Manantial en la Arena».

Sin embargo, de repente recuerdo los dos aciertos que me permitieron ingresar a la UNAM, las fiestas sin preocuparme por la hora de regreso, los nuevos amigos, una ciudad que tiene millones de cosas que ofrecer y pareciera que nunca se terminan… en fin, un mundo nuevo con gente que se ríe más y critica menos, donde aquí son más abiertos que de donde vengo y además donde existen muchas oportunidades inigualables.

Tras ese último pensamiento, recojo mi sonrisa del suelo, abro la puerta y comienzo otro día.



Sirena

Alejandro Camacho Orea

«Fragmento trece»

La sirena se mantendrá viva y en perfectas condiciones mientras se encuentre en el rango de temperatura entre los menos veinticinco y los treinta grados centígrados. Para comenzar su preparación un mes antes de servirla se la debe comenzar a ahogar en vino. A pesar de que algunos chefs han experimentado con el vino tino, lo que deja a la carne un extraordinario color rosado, similar al del salmón, personalmente recomiendo que se la ahogue en vino blanco en alguna de sus variedades. Lo ideal es usar *champagne* en su variedad *extra-brut* que por su bajo contenido de alcohol y azúcar permitirá un proceso de absorción más completo en la carne, además de erradicar el tufillo a mejillón de la misma.

Para ahogar: *(el proceso se explica para un tanque de quinientos litros de mar al que se le restará el volumen de la sirena)* recomiendo que el agua sea tomada del lugar de captura, lo cual permitirá calcular con precisión la fecha de la muerte de la sirena, generalmente se las captura en aguas del

Pacífico, cuya concentración salina promedio es del tres punto cinco por ciento. Para terminar la fecha en que morirá la sirena se aplica una sencilla fórmula matemática que, tomando el ejemplo del Pacífico es así: cero punto cero treinta y cinco por ochocientos es igual a veintiocho días exactos. El ochocientos en la fórmula matemática siempre es igual (se conoce como constante de muerte etílica) y el cero punto cero treinta y cinco debe sustituirse por la concentración salida del agua en que esté la sirena.

El tanque debe permanecer alejado de la luz directa del sol y a una temperatura entre menos dos hasta diecisiete grados centígrados. Si desea que la textura de la carne sea aún más jugosa, coloque el tanque en un cuarto totalmente oscuro. Comience por añadir una taza de vino, al día siguiente añada dos y continúe con el proceso añadiendo una taza más cada día. Tenga cuidado de no ser rasguñado ni mordido por la sirena. Algunos chefs recomiendan hacer que escuchen música de violines durante el proceso para disminuir su agresividad y la somnolencia provocadas por su canto. Sugiero a Phillip Glass.

Pasados quince días, la piel comenzará a tornarse pálida y el cuerpo habrá experimentado una ligera disminución en su volumen, la sirena puede mostrar un comportamiento errático o desprendimiento de sus escamas: esto es TOTALMENTE NORMAL.

A los veintiocho días, si se sigue puntillosamente el procedimiento descrito, la sirena debería haber muerto, tras lo cual se la debe sacar lo más rápido posible del tanque para evitar que la carne se amargue. Desháguese de la mitad humana de la sirena, ésta tiene mal sabor.

Corte la aleta de la cola. Si lo desea fríala y acompáñela con salsa dulce de piña para preparar unas entradas *delicatessen*. En caso de que queden

escamas en la carne, se pueden quitar cómodamente con descamador o un cuchillo, lo que es más fácil si se hace momentos después de sacar a la sirena del tanque. Después de esto se corta la pieza por la mitad y se retiran las vísceras y las espinas, que pueden ser ligeramente tóxicas dependiendo de la subespecie. Rara vez se encuentra hueva de sirena, si tiene la fortuna de encontrarla, hiérvala de inmediato por doce minutos con dos cucharadas de azúcar morena, el sabor es exquisito.

Para cocinar: a manera de entrada se recomienda un gazapo si el lugar es caluroso, los ingredientes deben ser muy frescos. Se requieren por persona dos jitomates maduros, pelados y sin semillas, un cuarto de pepino, un cuarto de pimiento verde y cebolla al gusto, además de ajo y aceite de oliva para sazonar. Se muelen en la licuadora las hortalizas hasta que quede muy fino, si se usan ingredientes frescos no hará falta añadir agua. La mezcla se cuela y se coloca en la sopera donde se vaya a servir, aquí se añade el aceite de oliva y sal para sazonar. Al momento de licuar puede añadir un poco de miga de pan del día anterior remojado en agua de pimienta para obtener una mejor consistencia. Debe refrigerarse por dos horas antes de llevarlo a la mesa.

Para preparar el plato principal corte la carne en filetes o escalopas y reserve. Si sobra alguna parte de la carne, puede congelarla, pero se sugiere no hacerlo puesto que el aroma del vino se perderá. La carne de sirena permanece jugosa aunque se la cocine a altas temperaturas y si se fríe adquiere un espléndido color dorado y desprende un ligero y distinto aroma. Recomiendo prepararla a la parrilla y servirla con salsa *Noisette.* Un día antes de servir se debe preparar una salsa para marinar la carne, sus ingredientes son albahaca, tomillo, romero, orégano y mejorana secos y en polvo, esto debe

mezclarse con suficiente aceite de oliva para barnizar las escalopas. Deje reposar los cortes ya barnizados por dos horas en el refrigerador.

Precaliente una parrilla y coloque los cortes; la textura carnosa de la sirena se cocina bellamente y el marinado realzará su sabor. Cocine la sirena por dos o tres minutos y gire el corte un cuarto de vuelta, así la parrilla dibujará un patrón de cruces en la carne mientras que el aceite burbujeará alegremente, para esta etapa podrá percibir el aroma de la sirena acompañado por un dejo del humo de las hierbas, el aroma se filtrará en el corte y el calor disminuirá su volumen e intensificará su sabor. Cocine por un minuto más y repita el procedimiento por el otro lado; la carne de la sirena se conservará jugosa y rosada por dentro y se formará una fina capa externa ligeramente crocante de color dorado.

La base de la salsa *Noisette* es la salsa Holandesa. La elaboración de la salsa Holandesa se debe realizar con sumo cuidado, pues puede cortarse fácilmente, para ésta se requieren dos yemas de huevo, dos cucharadas de zumo de limón, sal y pimienta. Primero se baten las yemas, si es en un *bowl* al baño maría mejor. Añadimos el zumo de limón y seguimos batiendo hasta lograr una emulsión que se acerque en consistencia a una mayonesa. Por último añadimos la sal. Para convertir la salsa Holandesa en *Noisette* se añade mantequilla tostada al momento de servir.

Para servir: el gazpacho se sirve un plato hondo de barro que mantendrá la temperatura y realzará los colores vivos del platillo. Se debe llevar una jarra de agua muy fría a la mesa, pues hay quien prefiere el gazpacho espeso y quien lo prefiere claro. La comida debe acompañarse con un vino blanco tipo Rin. Lleve la botella alta y de color verde a la mesa dentro de un balde de hielo picado para que se conserve fría. No lo descorche hasta el momento de servir. El sabor ligero y seco del vino hará un perfecto maridaje con la entrada y el plato principal. En un plato de color blanco haga una espiral con salsa Holandesa y coloque sobre ella el filete de sirena aún humeando, se recomienda acompañar con espárragos que destaquen el color dorado del filete con un verde profundo, al momento de llevar a la mesa sirva un poco más de salsa Holandesa sobre la carne y añada cincuenta gramos de mantequilla tostada. Adorne con ajonjolí y trocitos de nuez horneados y dos hojas frescas de eneldo en las posiciones de once y una horas. Es tradicional comer de postre una *creme brulée* después de disfrutar de un filete de sirena.



Tercer lugar

El cuento de un oso y ella

Moisés Cruz Vázquez
«Moi»

Él era un huracán, nació en un lugar lejano, que no se observa desde aquí; él era un oso de felpa, que existe en este lugar cerca del mar y ella era su dueña y lo amaba. Los adultos no entienden de lugares porque les da miedo dejar su vida.

Él era un rumor distante, su voz no era escuchada por los habitantes de un lugar lleno de belleza, donde habitaban personajes de toda índole social, en general creían que no llegaría nunca; él tenía un detalle especial, sus ideas eran escuchadas por su fiel compañera, un gran conversador sin duda, lo mismo sabía de sumas como también de cuántas rocas había en el camino a casa, un gran pretexto para no volver y ver los moretones de mamá en sus dulces brazos. Los adultos no escuchan a sus semejantes, aunque sin ellos no serían humanos.

La televisión hablaba de él, era una catástrofe, nunca se pensó que llegaría su día, crecía cada minuto un poco más, no comprenden que lo único

que busca es su destino, sus sueños y su tierra; él también cambió, era héroe, bailarín, juguete y un excelente explorador, con ella fundó el club de los pequeños, un lugar donde coexistían las lagartijas y las mariposas, lejos del hogar pero tan cerca de los sueños, él era presidente, ella secretaria, tomaba las notas de cómo se podía mejorar este pequeño cuarto y con ello a sus agremiados. Los adultos sólo buscan su bienestar; si el mundo acaba, todos lo merecían excepto ellos.

Los días empeoraban, la culpa era de su presencia en este lugar que no merecía su visita, su mayor virtud era la reflexión; sus días eran mejores, prometieron ser los mejores amigos, nunca fue tan feliz, la pequeña felpa era su mejor descanso, cuando llegaba el momento de llorar por los gritos y golpes de ese momento de su vida él estaba ahí, su gran superpoder, secar sus lágrimas con la piel y darle sonrisas en sus labios. Los adultos creen que los héroes son para los niños, los dioses para ellos.

Las personas de la comunidad empezaron a tomar sus pertenencias, corrían a lugares altos, la velocidad hacía que no se pensara, papá gritaba, mamá la tomó con fuerza de su mano, Oso de felpa cayó al suelo, por más que gritaba nadie le hacía caso, él se quedaría en este lugar. Los adultos no entienden que dejar a un amigo es un evento que no te permitirá dormir.

Él llegó un viernes a las 3 de la tarde, empezó a derrumbar un lugar que nunca lo invitó, volaban techos de palma, árboles que servían de tendedero, piedras que sirvieron para contar, puertas de madera, paredes de algún material, el aire era polvo, las leyes de gravedad perdían sentido en este lugar; él se quedó en el patio, tenía una razón para luchar, si valía la pena hacerlo era hoy, tendría que resistir lo que su pequeña piel permitiera.

Los adultos creen que las batallas son del pasado o de un campo de futbol. En este momento, la batalla empezó.

Cuando levantaron la bandera amarilla los pobladores volvieron, él ya se había ido, su momento terminó y cumplió con su objetivo, murió de forma honorable, el camino de los destrozos fue recorrido, al llegar a la casa todo estaba destruido, papá decía palabras sobre la injusticia. Los adultos cuando quieren evitar responsabilidades culpan a Dios.

Ella corrió a buscarlo, no estaba, no había nada cerca, fue al club de los pequeños, para su sorpresa era el único lugar que permaneció completo, seguía siendo el mismo hogar que conoció el día de su fundación, en el suelo se encontraba el constructor de este milagro, aunque ya no era el mismo, sin una mano, perdió un ojo, sus orejas estaban en otra parte y tenía una herida en su pecho por donde perdía su poco relleno que quedaba. Sus lágrimas y gritos no eran escuchados por ninguna persona, rompió su pequeña blusa y lo vendó, como mamá lo hacía con su hermano después de un arranque de furia de papá. Los adultos lloran por un muerto cuando nunca le sonrieron en vida.

Han pasado los años, veintidós en realidad, él ahora sólo es una historia del pasado, su paso en este lugar hizo cambiar a los habitantes y todo empezó de nuevo, llegó la urbanización, para bien o para mal; él estaba lleno de bolitas de tela, su brazo era un calcetín, un ojo de botón y orejas de camisa, no tenían mucho presupuesto, dejó de ser presidente para ser sólo mejor amigo, su medalla era una ficha de Coca Cola, de la misma semana cuando papá fue a la cárcel. En ella pasaron los años, pero su piel era la misma, tanto como su imaginación y sus deseos de ayudar. Los adultos crecieron porque eran niños no hace mucho.

Encontró la felicidad en su hogar, ahora era presidenta, mientras recordaba este cuento escuchó la voz de la más pequeña del club de los pequeños.

—¿Por qué este osito tiene partes de distintos colores?

—Hace mucho, en un lugar muy lejano él era explorador, conoció una niña que lloraba todos los días, para que ella no llorara decidió tener una aventura, ambos viajaron por todo el mundo y fue aquí donde encontró lo que buscaban, pero tenía un costo, su piel de felpa, él lo aceptó y ella nunca lloró de nuevo, porque eran amigos.— Respondió ella.

Ella sonrió y los tres se tomaron de la mano, había junta en el club.

Los adultos creen en tanto, en sus sueños siguen recordando esos momentos donde los héroes existían, la vida era un juego y todo tenía solución con una sonrisa, la pregunta en su mente es ¿Dónde dejé de vivir?, para ellos un héroe es aquel que salva a los pobres y desprotegidos, pero antes de esos sueños era aquel que te da la fuerza para nunca dejar de ser feliz. El gran poder lo tiene un Dios, un hombre, un amigo o un pequeño oso de felpa, nosotros hacemos el resto.



Inconsciencia

Carlos Gilberto Gómez Monroy
«Gilberto Romo»

«El imaginar me juzgó en la realidad»

Rayos de luz vuelan en paralelo, ávidos de su ruta, haciendo sonar sus quejas y apuros en forma de hirientes chillidos: gritos de desesperación conforman el aliento de las calles mientras el viento hace revolotear mi abultado ropaje, el cual con tanto cuidado he recolectado y envuelto en mí, como capas en una cebolla. Uno que otro día encuentro algún trapo para rellenar los agujeros en los pantalones, hay días mejores donde le echo mano a un buen plástico, claro que es más fácil encontrar una buena lona durante la temporada decorativa: cuelgan por toda la ciudad pancartas enormes con fotografías de sonrisas fingidas, mil veces la misma imagen de colores pálidos, panfletos apilados en las puertas, todo sirve para mantenerse caliente en las noches frías. Es una época de abundancia, todos los pajarracos

muestran sus plumas para seducir a los incautos de mirada perdida que sin pensar en sus acciones siguen los mismos colores a donde vayan.

Arrastro un pie al caminar, no porque esté lastimado sino que es más cómodo ir deslizándose en el concreto: sentir la textura del piso me ayuda a reconocer el camino. Puedo saber si voy sobre alfombras de mármol para que los ricos no se ensucien las suelas incrustadas con diamantes o si ando pateando graba, es momento de estar alerta de las mierdas de perro. La transición entre mármol y mierda es súbita, parado a mitad de la calle alcanzo a ver el borde de los mundos recortados. Grotescas gárgolas se agazapan detrás de sus vitrinas en lo más alto de inmensas torres, desconfiadas clavan sus ojos rapaces en los transeúntes, ni por un segundo dejan de vigilar las casas de cartón amontonadas al otro lado de la calle. La danza de olores es hipnótica: un revoloteo incesante entre humo de llantas quemadas y perfume francés. Me gusta, podría quedarme días enteros ahí parado si no fuera por la histeria en los pitidos del rebaño metálico. Matan la belleza del lugar y hacen que se me esconda la sonrisa.

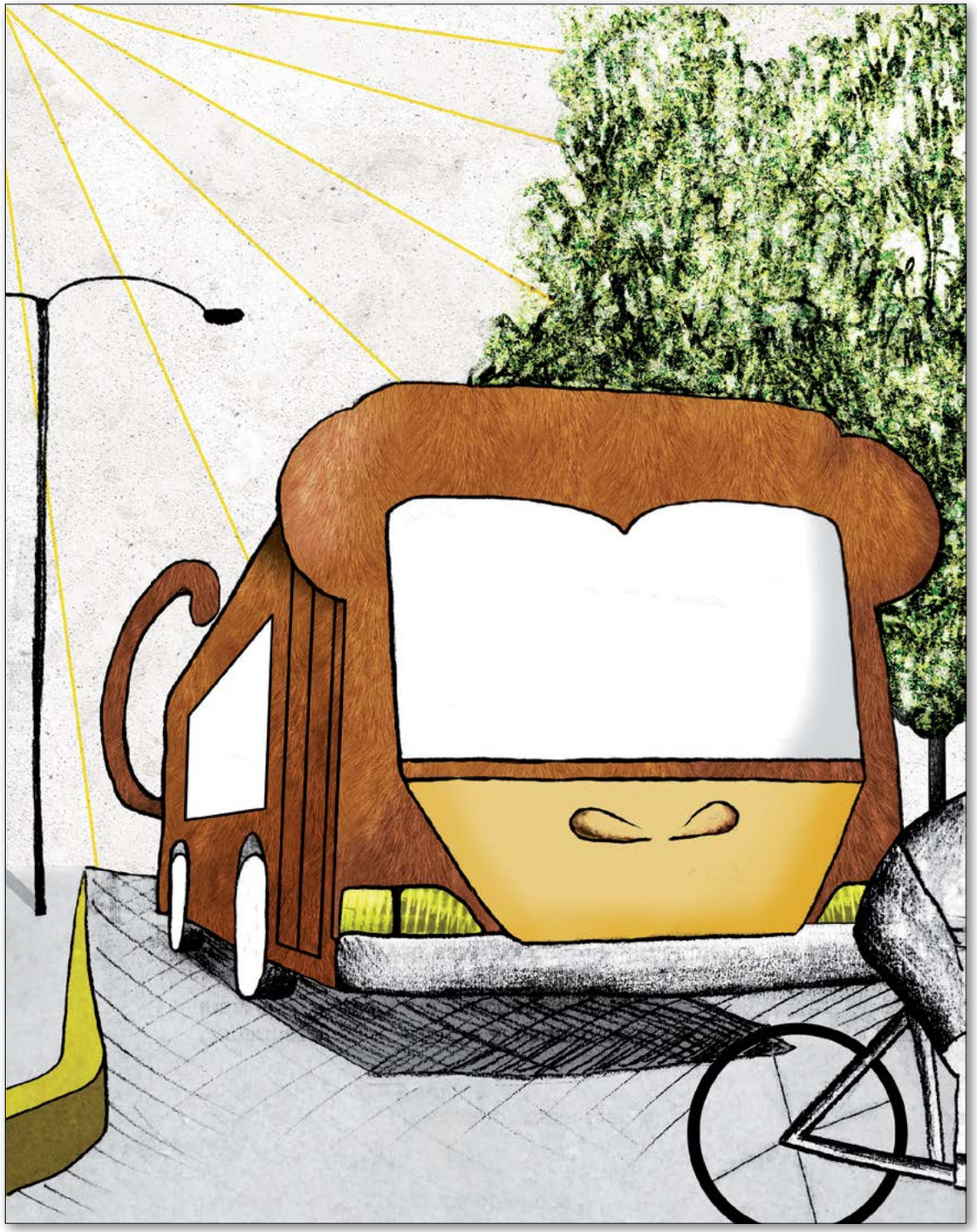
Los gnomos de traje me asustan con sus pelos plastificados, siempre andan platicando con gente invisible y moviendo los brazos vigorosamente. Los muy sinvergüenzas asoman sus asquerosas narices en mi sala, cocina y hasta dentro del baño, para luego hacer cara de desaprobación y asco. Malditos, no tienen modales, sólo husmean e invaden mi privacidad. Se ríen de lo absurdo a carcajadas, horribles carcajadas que se clavan en mis oídos por horas, de nada sirve rascarme y echarme lodo en las orejas, el eco no se detiene. No se quién es peor, si los gnomos de traje o los tlacuaches nocturnos que salen gritando y arrastrándose de sus guaridas, escupiendo y vomitando todo en su camino, dejando el hedor etílico como regalo para

los próximos tlacuaches interesados en tomar la misma ruta; tampoco escatiman en risas estúpidas y cánticos infernales. Ya no hay decencia ¡Están locos! Si deseo una noche tranquila no hay más remedio que cambiar mi hogar una vez más.

Comienza a llover es hora de buscar un buen barco para pasar la tormenta. Me gusta ir en la proa justo detrás del tajamar para escuchar cómo nos hundimos en las olas. Espero que la tormenta sea lo suficientemente fuerte para llevarme a la luna, lo bueno es que cada año la marea sube más y más en mis calles preferidas. Con toda la fuerza de mi corazón grito al ver aproximarse una ballena de ojos luminosos para provocar una ola enorme, proyectando con fuerza ráfagas de agua salada. Mi embarcación resiste cualquier embate, soy un capitán experimentado, viejo lobo de mar, ¡Jamás encallaré y ni mencionar un hundimiento! No por eso dejo de ser cuidadoso con las algas y troncos a la deriva, la marea los puede aventar con gran fuerza, un golpe directo duele mucho además de tener un olor repugnante e imposible de quitar durante días. Todo sea por la aventura, no puedo esperar el aterrizaje, desembarcar, sacar las alas que le robé a una paloma muerta hace unos días y volar de cabeza sobre las nubes de la luna, ubicar la cornisa más alta para cantar como una orquesta mientras mis propios aplausos se convierten en un mausoleo palpitando excitación. Sentir a la misma luna retumbando bajo mis pies, siguiendo el compás de mi cabeza me hace continuar. Es un *allegro* interminable.

Cuando paso frente a un muro de cristal me desoriento, me toma cierto tiempo identificar qué estoy viendo, me ve fijamente, perplejo, un ente irreferenciado y acrónico: lo que alguna vez fue un rostro reconocible ahora es una sinuosa indulgencia de hombre. Esto es lo que soy, lo que son todos

los murmullos anónimos y mal humorados que pasan sobre mí, voces etéreas, disfrazadas en cáscaras de temporada, un nido de pelo y basura, lo único distinguible son unos ojos sombríos. Cada par de pies andantes son grises, sólo los niños mantienen vida en sus facciones, ríen y corren libres por momentos, el último refugio que tienen los pequeños es la ignorancia de la avaricia. Tanto extraño ver el mundo de gigantes, de no entender el mundo, que cierro los ojos un instante para liberarme de toda razón. Odio los espejos porque me hacen recordar el por qué soy un extraño en una sociedad perdida por los deseos materiales y la sed de ser alguien más, donde se toma a la envidia y celos como alimento diario. Me desentendí de la sociedad hace mucho y la sociedad, en realidad, nunca me necesitó. Por momentos pierdo el guión con el cual transmuto la pena del deber para volver a correr por donde me plazca, jugar con el lodo, viajar a la luna en bote, ser niño y creer que todo es posible.



Changobús

Salvador Gómez Moya
«Rino #1086»

Era un día soleado, luminoso, apenas cálido: los signos de un verano que se despide. Las nubes flotaban como algodón en un fondo azul turquesa. La lluvia del día anterior había limpiado el aire a tal punto que la visibilidad alcanzaba hasta los volcanes que descansaban como dos ancianos con el pelo cano. Uno de esos días templados de los que es capaz la ciudad cuando parece cortejada a la vez por la Naturaleza y un Dios bondadoso.

El campus universitario se dejaba llevar por el ánimo del día. El aroma de la hierba y el de la tierra humedecida dominaban el ambiente. Algunos pájaros parados como reyes en las copas de los árboles se hacían escuchar. Grupos de amigos platicaban y reían como si cada uno fuera el centro del mundo; alumnos cargados del entusiasmo de las vacaciones que acababan de terminar escuchaban atentos las clases de sus profesores. Otros más solitarios leían bajo la sombra de un árbol; una chica absorta en sus pensamientos atravesó el campus a largas zancadas con una mochila al hombro; un

ciclista bien equipado con un traje ajustado de colores llamativos entró en el carril confinado al transporte local tratando de romper una marca personal.

El día transcurría en perfecta concordancia con la situación de Manuel: acaba de ascender en el escalafón de la burocracia de la universidad y del sindicato. Manejaba uno de los muchos autobuses que recorren el campus. Se sentía cómodo frente al volante. Había tenido otros trabajos, pero, debido a su corazón más grande de lo normal, estaba impedido para hacer casi cualquier otra cosa.

Sentado a un lado estaba Félix, el instructor de Manuel.

—Es sencillo —dijo Félix— sólo ten cuidado de no cruzar la línea amarilla —la línea amarilla divide el circuito del campus en un carril para el Changobús (la mascota de la universidad dio nombre al transporte local) y el resto para los automovilistas.

Manuel giró en una curva y después entró en una larga recta. Su mente era de las que se dispersan con facilidad. Ya no escuchaba más las indicaciones de Félix y se dejó llevar por sus recuerdos, como transportado por la línea amarilla.

Había empezado limpiando baños. Después de un año le dieron una guía de diez preguntas para que la estudiara. Ésas mismas preguntas eran las del examen para ascender. Puro trámite. Para que nadie dijera que el sindicato no probaba a sus agremiados. Pasó con 10, todas buenas. Pasaron todos los que hicieron el examen. Todos menos uno, Pablo, que reprobó por llevar un acordeón con el que fue sorprendido. «Pendejo», le dijeron todos, y se rieron de él. Manuel sonrió, no por burlarse, apenas había puesto atención al incidente. Sonreía porque estaba feliz de no limpiar nunca más

esos baños. Nunca pudo superar el asco. A Manuel le habían dicho que en esa universidad había gente muy inteligente, muy educada, verdaderos entes del cambio. Y Manuel hasta podía creerlo; pero con reservas. No entendía cómo esas personas eran capaces de descargar los esfínteres como guiados por un odio fanático contra los retretes y los azulejos. Las sorpresas no paraban. «Pues sí —pensó—, deben ser muy listos, pero en el baño son como vacas». Más que molestarle, esto le desconcertaba, se sentía como cuando contemplaba la escultura esférica que dominaba la entrada de la facultad donde trabajaba, esa esfera formada por múltiples polígonos que parecían nacer de ningún lado y que no iban a ningún lado, sólo…

—¡Manuel!—gritó Félix.

Manuel regresó a la realidad: su gordo corazón dio un brinco. Por un momento creyó que se había pasado un semáforo o que había atropellado a una persona o perro. Pero todo seguía en orden, el autobús avanzaba lentamente, a los 40 km/h que le había dicho Félix. Los 40 km/h que necesitaba su corazón para llegar a viejo.

El autobús, es decir, el Changobús, era nuevo, como Manuel. Era solar, por lo que ahorraba energía, como decía una etiqueta cerca del volante. Las bajas emisiones de CO_2 en pro de una mejor calidad del aire y en contra del cambio climático se la traían muy guanga a Manuel: lo que le importaba era que el asiento estaba de lo más cómodo.

—Todo es intuitivo —decía Félix—: pararse en las paradas, avanzar en verde, parar en rojo. Cuando veas una parada te detienes totalmente y abres las puertas —continuó Félix—, cuando todos bajen y entren, las cierras y sigues avanzando.

Manuel se limitaba a asentir con la cabeza: iba atento a todas las señales: las del carril confinado, a las paradas, a las luces indicadoras del tablero, a los semáforos.

Dieron varias vueltas así. Manuel ya se veía cómodo, como si hubiera nacido pegado a un volante, por lo que Félix decidió dejarlo solo:

—En la siguiente parada me bajo y sigues solo.

La palabra «solo» y el cielo que comenzó a nublarse inquietaron a Manuel. El autobús llegó a la parada, Félix se apeó, otros subieron y bajaron; Manuel presionó un botón y se cerraron las puertas. El sémaforo, a unos 10 metros del Changobús de Manuel, estaba en verde. Podía avanzar. Avanzó. Entonces escuchó unos chiflidos, observó su retrovisor derecho y vio a un chico con mochila que agitaba los brazos en claro ademán de que le dejara subir. Pero Manuel ya estaba en movimiento, y el semáforo en verde de prontro le pareció amarillo, casi naranja, y a Manuel le habían dicho que sólo hiciera paradas establecidas, «nada de manejar como microbusero»; no podía Manuel romper las reglas un segundo después de que su coordinador lo acaba de dejar, es más, tal vez Félix lo estaba viendo muy atento, así que en lugar de detenerse, aceleró. Pero el chico corrió con más fuerza, y todos los que estaban arriba del autobús, que eran muchos, y también los que estaban afuera, que eran más, comenzaron a mirar a Manuel con desagrado. Cedió. Frenó de repente.

El Changobús se sacudió violentamente desde atrás. Fue como un mazazo que reventó los vidrios. Los que no estaban bien asidos (casi todos) cayeron golpeándose con el suelo. Un niño chilló como animal. Manuel estaba confuso, aturdido. Sin girar el cuello miró por su retrovisor al chico que apenas un instante antes insistía en subir. Éste ahora

miraba sobresaltado hacia la parte trasera del Changobús. Manuel miró por el retrovisor izquierdo y vio a otro autobús como el suyo, pero con el frente destrozado y embarrado en la cola del suyo; pero sobretodo vio a un ciclista estrujado entre los dos autobuses en una posición imposiblemente humana, un muñeco de trapo que se le alza por la cintura, los brazos colgando sin vida, la columna rota en dos y su cabeza casi tocando la punta de sus pies. Un fierro retorcido de la bicicleta le atravesaba el vientre. Su rostro era un grito atrapado en una instantánea de dolor, la prueba de que su último instante de vida había sido de sufrimiento.

Manuel sintió que le apuñalaban el pecho. Sus pulmones aspiraban angustiados. Con sus últimos restos de fuerza hizo lo que según Félix marcaba el manual en casos de emergencia: encendió las luces intermitentes.

El semáforo cambió a rojo. El cielo se ensombreció y la lluvia se precipitó con violencia sobre el campus. De las alcantarillas brotaron aguas negras. Estallaron relámpagos junto con el corazón de Manuel.



Primer lugar

El cuentacuentos

Alan Hernández López
«Ollivanders»

«Mamá, ¿me lees otro cuento?» decía siempre el niño Demian a su madre a altas horas de la noche mientras husmeaba en el viejo librero en busca de su vicio, en busca de golosinas de papel, para volar sin morir, para soñar, para no dormir. Su madre le aguantó durante años esas noches de desvelo en el banquito de madera, junto a la desvencijada ventana por donde entraba ese airecito nocturno, entre esos viejos muros. Se sentía culpable por heredarle esa devoción por las letras y, a la vez, se sentía profundamente agradecida. A temprana edad comenzó a escribir toda clase de historias, variedad de cuentos, y los numeraba y los guardaba y comenzaba otro, sentado a la mesa, tirado en el piso, en su habitación o junto al muro de piedra frente a la casa que siempre olía a plantas y rebosaba de hojas secas. El cuento número trece era de princesas y castillos, el número veinte de guerras e imperios, el número cincuenta y cinco de asesinatos, el número cien era de amores secretos. Mientras más grande era el número más complejo era el cuento,

más poderosa era esa magia que envolvía a quien lo leía y más grande todavía era esa columna de hojas, todas bellas, en donde los guardaba, en donde se contenían. «Se le va a olvidar hablar», decía su abuela cuando en sus escasas visitas miraba la concentración de su nieto en las lecturas y en las redacciones, valiéndole un comino la vida a sus quince añitos, a sus mil seiscientos cuentos, a sus doscientos doce libros leídos, porque así le gustaba ser, porque le gustaba esclavizar a sus manos relegándolas al *tac tac tac* de la máquina de escribir soportando el mal humor de la tinta mientras asaltaba a su mente y le arrebataba la imaginación dejándola desprovista de prejuicios para dormir a gusto con ella para luego leerle los cuentos a su madre, a su abuelita que pronto habría de morir, a su padre que nunca tuvo, a sus despistados amigos, a sus primeras concurrencias en plazas, para convertirse poco a poco en ese cuentacuentos muerto pero a la vez lleno de vida.

El tiempo pasaba y su vieja casa en Coyoacán se envejecía, el dinero faltaba y la necesidad cegaba, mordía. Él se mantenía sereno, a sus mil ochocientos cuentos, llevándola bien con ellos, que siempre lo acompañaban y sostenían, como cuando ignoraban sus primeros relatos en las plazas fue un alegre cuento quien lo consoló, cuando no hubo dinero sus cuentos de caballeros y dragones lo sacaban de un jalón de la cruda realidad, cuando su madre murió enferma fue el cuento mil quinientos seis titulado «Bella» quien lo acompañó, enrollado y metido en el bolsillo, que fue leído frente a esa concurrencia amordazada en luto y que no se quejó al ser apachurrado por sus manos, que se ofreció a secar sus lágrimas y a ser arrojado ahí dentro para ser arropado por esas rosas, por esa tierra negra. En las noches, estando ya solo, hubiera jurado escuchar los sollozos de los libros acompañando su pérdida, el crujir de las hojas, el derrame de tinta, como

si los cuentos cobraran vida. Por esos días supo que estaría solo por mucho tiempo y que sólo podía ganarse la vida con sus letras, con su imaginación esposada en su mente y con ganas de salir.

No vivía de aire, pero sí de cuentos. Salía al atardecer con un par de cuentos en un maletín, con un banquito de madera en una mano, ataviado de ropas extrañas y de un andar místico y misterioso. «Hoy les contaré la historia del viejo y la carreta» dijo cierta noche sentado en su banquito, a sus dos mil cien cuentos, ante una concurrencia de quince personas, que en un par de meses llegarían a ser unas ochenta, señores y señoras, niños y niñas, ancianos, perros perdidos y extranjeros curiosos. Desempolvaba viejos recuerdos diciendo «Cuento ciento ochenta y nueve, La revolución fallida, este lo escribí a mis diez años» o «Cuento doscientos uno, La bella Lola» y contaba, cada vez haciendo más gestos, cada vez haciendo más señas y ademanes, arrebatando sonrisas y suspiros, creando fantasías y recuerdos, contaba viendo esos rostros relajados, esos hermosos árboles de otoño y muros de piedra, entre el olor a tabaco y buñuelos, encontrándose a sí mismo, pensando en más cuentos. Sus historias eran buenas, alguna dama del público se sentía identificada con la mujer del cuento, a algún niño le divertían sus gestos, algunos habían experimentado lo contado, otros simplemente eran sensibles a sus palabras. De vez en cuando llegaba a un café y ponía su banquito y comenzaba a contar sin permiso de nadie, porque le valía un comino, y captaba la atención de todos, y hablaba de un pescadito y sacaba una imagen de un pescadito del maletín, y contaba sobre un collar mágico y sacaba un collar y decía que había gritado y gritaba mientras la gente se espantaba. Pasaba las mañanas y gastaba los pocos centavos comprando objetos y libros que le sirvieran en sus actuaciones en

viejas librerías y ruines mercados de objetos casi inservibles. Un día se sorprendió al ver que al llegar a un café había ya un banquito de madera puesto en un pequeño escenario improvisado, con la leyenda «El cuentacuentos» en un tablón de madera. Se sentía bienvenido y admirado. «Ahí viene el gitano» decía la gente y volteaban las mesas y las sillas para poder mirarlo mejor. Ya nadie recordaba que su nombre original era Demian, ni a él mismo le importaba, porque él creía que su nombre era el que tenía el protagonista del libro que leía, del cuento que escribía para poder sentir aún más a los personajes y en la calle y en los cafés era y seguiría siendo conocido simplemente como el cuentacuentos, el loco, aquel hombre, como sacado de una vieja historia, que ya no veía lo mal que le iba, a veces distraído, a veces despeinado, que contaba y contaba, sentado en su banquito de madera, ilustraciones en mano, objetos en bolsillo, entreteniendo a la concurrencia, maravillando a los espectadores que bebían café y panecillos siempre a las ocho treinta en «El jarocho», siempre a las nueve quince en «La tehuana», mientras disfrutaban del rústico café, del dulce incienso y de la expresiva voz que emanaba de ese hombre en el escenario, como traído de con los gitanos, disfrutando esas invenciones, siempre fantásticas, siempre frescas y destinadas a ser contadas una sola vez porque a él le sobraban y nunca le faltaban y al final la gente pensaba «Qué momento más mágico» y decían «Mírenlo, como sacado de una vieja historia».

Y así vivía el cuentacuentos, enamorado del mágico Coyoacán, del misticismo mexicano, escribiendo odas a Frida y a la Catrina, trabajando en cafés y plazas, a sus tres mil cuentos, unos guardados, otros perdidos, pidiendo «Lo que gusten darme, damas y caballeros, cualquier cosa es buena», buena como sus historias, buena como sus ideas, pero siempre

obtenía poco, siempre sufría de hambres y sus esperanzas eran cada vez más lejanas. Gastaba en tabaco y recuerdos, recuerdos de su madre perdida, de su extraña vida. También vendía cuentos de todos los tipos por unos cuantos pesos, escritos a máquina que siempre terminaban perdidos entre las páginas de viejos libros, en el desorden de alguna habitación, en la basura, porque así son muchas personas, subestiman el sudor y el trabajo, menosprecian al arte y la memoria. Y lo menospreciaban a él también, viéndolo barrer las hojas secas así, somnoliento y cansado, marchito como las rosas del jardín que arrancaba y que su madre jamás volvería a cuidar. «¿De qué vivirá ese vago?» se preguntaban entre sí algunas señoras camino al mercado cuando lo miraban por entre las rejas negras de la casa. Cocinaba panecillos duros y escuchaba susurros, tosía creyendo que estaba volviéndose loco oyendo pasos mientras comprobaba que ya no había café ni arroz en la cocina.

Comenzó a vivir en una realidad mágica, ya siendo un adulto y teniendo más de cuatro mil cuentos, unos por la vieja casa, otros por el maldito mundo. Nunca perdía la cuenta y ese número lo traía siempre en la mente y en los sueños. Escuchaba de los cuentos sus murmullos, como si alguien los estuviese leyendo en voz alta por la casa y se espantaba, no lo dejaban escribir en su viejo escritorio atiborrado de hojas, no lo dejaban dormir en su cama de muerte ni en la sala gris y oscura. Emanaban de ellos flores y mariposas, les escurrían agua y canciones mientras él miraba como testigo mudo de su desmesurada condición. Su cuerpo hambriento sufría viendo cómo aparecía gente extraña en su casa, la princesa del cuento trece, la adivina del cuento treinta y dos, el detective del cuento setenta y se metían en la cocina y se comían lo poco que quedaba, jugaban a la baraja en la sala y hacían un

desmán, abriendo las llaves del agua que «Para cuando venga la sirena del cuento mil cien», traían costales de frijoles y arroz «Para los revolucionarios del cuento mil quinientos trece que nos visitan el miércoles» decía la adivina que comenzaba a tener pequeñas charlas con el cuentacuentos, «tú no eres real» le dijo un día la adivina que respondió «Nosotros somos más reales que tú mismo». Ya no frecuentaba tanto las plazas ni los cafés, no sabía que había quienes lo extrañaban, a él y a su banquito, con un par de pesos listos como propina. Prefería quedarse a ver qué barbaridad le deparaba un nuevo día, como los vikingos del jueves, las trece brujas que llegaban todas las tardes montadas en su escoba a tomar café y galletitas negras y se iban caminando «para que se nos baje la comida» decían. Los samurái de los sábados, los gitanos del domingo. Escribía intencionalmente cuentos de mujeres bellas que llegaban a los tres días a las seis de la tarde y las enamoraba y pasaba con ellas la noche y les regalaba las flores mágicas de un cuento y las estrellas de otro. Un día cayó enamorado de una hechicera que escuchaba un lunes sus cuentos en la plaza, en sus últimos espectáculos, que decía que se llamaba Karalá, que venía del sur, de muy lejos, con una caravana de viajeros, usando siempre ropas verde esmeralda, como sus ojos, con joyería preciosa hallada en las pirámides, cargando sólo su alma y se quedó en su casa por cuatro días de gloria mientras el cuentacuentos buscaba desesperadamente el cuento de donde había salido, garrapateando las hojas, porque no sabía si era real o no y tampoco lo supo en las noches que durmió con ella ni cuando le dijo adiós una mañana dispuesta a continuar con largo viaje llevándose consigo sus cabellos largos y negros y su piel de bronce, dejando al cuentacuentos solo y joven, con los faraones de un cuento a su derecha y su corazón marchito a su izquierda. «Morirá de

vieja en Guatemala» dijo la adivina en la hora del café mientras las brujas carcajeaban y una enredadera gigante se apoderaba de la cocina, «Tienes el consuelo de que ella era real y que se acordará de ti antes de morir». La casa estaba abarrotada de personajes, de muchos humores y colores. El cuentacuentos, feliz, dejó de asistir a las plazas y cafés y se quedaba a comer y le preparaban y servían, y cuando se miraba en el espejo cada vez se veía más demacrado y más delgado. Se veía muriendo.

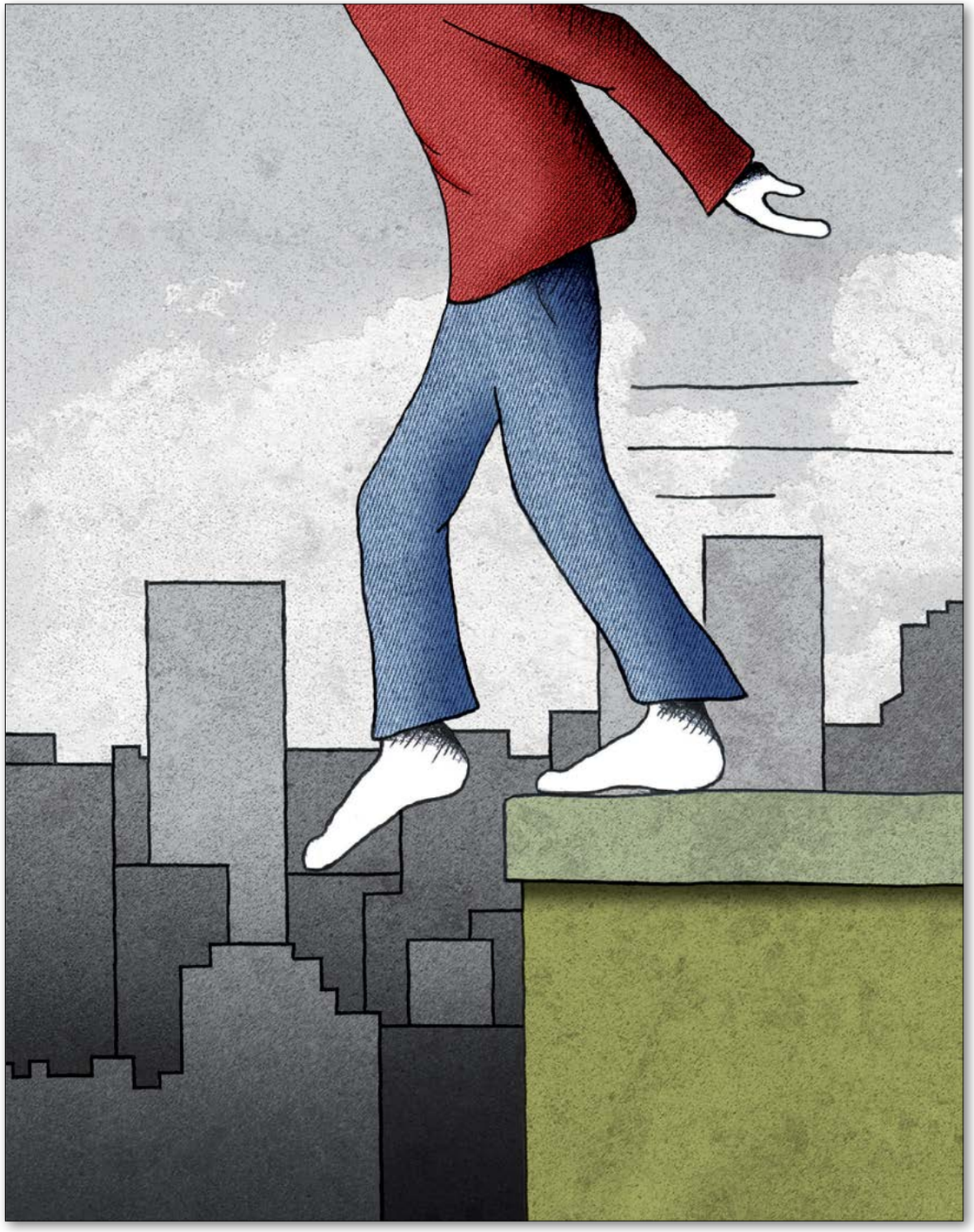
Perdió un jueves los límites entre la realidad y la ficción cuando su amiga la adivina lo acompañó a la tienda a comprar tabaco y ésta comenzó a interactuar con el vendedor y le contó chismes y lo invitó a una de sus tantas comidas. «O el señor de la tienda ha sido mi imaginación desde niño o la adivina es real» se dijo a sí mismo confuso, dudando de su propia existencia. Los cuentos hacían de la casa y calle su burla. Unos días nevaba, otros llovía, llegaban pájaros extraños y reyes extravagantes, detectives y músicos y todos conocían a Demian, su vida y secretos mientras él dudaba de haber escrito sobre muchos de ellos. Crecían plantas de todo tipo que devoraban lentamente la vieja casa y animales que retozaban en el jardín. Todos se combinaban haciendo el más raro cuento sin pies ni cabeza.

Demian se acostó una noche después de escribir el cuento cinco mil doscientos siete en donde escribió sobre Karalá con la esperanza de verla de nuevo. No tenía fuerzas y escuchaba el ruido de muchos personajes que ya no cabían de tantos que eran. Esa noche los cuentos comenzaron a brincar de las mesas, salieron de debajo de la cama, se separaron del encuadernado y se arrastraron hasta la cama y subieron por las patas y los cuentos envolvieron el cuerpo cenizo y frío del cuentacuentos que cerraba los ojos y sentía como se lo comían y como lo asfixiaban mientras los personajes

contemplaban lo que sucedía sin hacer nada. Al día siguiente se reportó una muerte por hambre y frío. El periódico local no dio muchos detalles sobre la muerte de ese pobre loco que amaneció muerto en una cama de hojas y palabras. Se le dio entierro a él y a sus cuentos, tal como supusieron que querría.

Nadie volvió a recoger las hojas secas, nadie limpió el polvo ni cocinó panecillos duros. La historia del cuentacuentos pasó a convertirse en rumores. En la plaza se decía que había muerto, en los cafés que había sido despedido, a los niños les gustaba imaginar que había partido sin boleto de vuelta en el tren de los recuerdos hacia un paraíso de algún cuento perdido y rápidamente se dejó de preguntar por él.

Pese a lo que dijera el periódico local del lunes, al cuentacuentos le gustaba imaginar, allá en la eternidad, que había sido consumido por sus letras, devorado por su imaginación y sus recuerdos, para pasar la muerte ligero y viajero, siendo el personaje principal o el secundario, brincando de cuento en cuento sin respetar el número, siendo aventurero y disfrutando de todo el trabajo de su vida, escapando de la crueldad de la realidad, de las garras del amor, de la miseria humana y las cadenas del recuerdo. Habría de llevar su banquito de madera y caminaría y se sentaría en un cuento a contemplar lo que pasara y a disfrutar y a olvidar aquella casa vieja que terminaría siendo presa de la vida mientras del cuentacuentos nadie iba a acordarse, ni las plazas, ni los ancianos, ni las más profundas raíces de la memoria.



*Ad astra per aspera**

Estibaliz Gabriela Molina Ibarra
«Caterina Valenti»

*A las estrellas por el camino más difícil

Respira, cierra los ojos, salta. La gravedad hace su efecto y el cuerpo cae desde el piso quince hasta el jardín de la planta baja. Respira, abre los ojos, se levanta. No recuerda cuántas veces ha saltado sin éxito, sigue vivo. Tantas veces ha intentado hacer lo que de alguna manera para sus antepasados era cosa natural, que el corazón dejara de latir y pasar a formar parte de otro lugar, seguir el ciclo del universo, sólo morir…

Como toda la generación nacida después de la tercera guerra mundial, lo cual redujo a menos de la mitad a la población del planeta, al momento de su nacimiento fue vacunado con la nueva generación de nanomáquinas sanguíneas Cassiopeia-20, desarrolladas en Alemania capaces de reproducir cualquier tipo de tejido enfermo por tejido sano.

Durante la tercera guerra mundial la Alianza de países trabajó en el desarrollo de nonomáquinas, llamadas Cassiopeia-20, que fueron sintetizadas de células madre. La Cassiopeia-20 eran semiconductores capaces de adherirse a los vasos capilares y a la sangre para regenerar tejidos y curar enfermedades. De acuerdo a su diseño fueron inyectadas Cassiopela-20 a todos los miembros del ejército de la Alianza, los cuales durante el combate recuperaban su salud en instantes y la regeneración de sus miembros perdidos —así, un brazo amputado tardaba escasas horas en regenerarse—. La Vertiente Contra consciente de la gran desventaja que representaba para la guerra el uso de Cassiopeia-20, secuestró a gran cantidad de militares y científicos de la Alianza apara analizar su sangre y la manera de revertir los efectos de la nanomáquina que hacía invulnerable al enemigo.

Científicos de la vertiente sintetizaron la enzima Z de la sangre con Cassiopeia-20, la cual, aplicada por separado y en mezcla estequiométrica exacta, hacía que la Cassiopeia-20 fuera capaz de autoconstruirse aplicando solo una dosis, lo cual reducía aún más el tiempo para curar a los soldados. Con estos súper soldados de ambos bandos, la guerra se prolongó más de 20 años en donde los únicos que no morían eran los soldados combatientes, ya que cuando éstos eran alcanzados por las balas o las explosiones, sus cuerpos volvían a regenerarse y seguían luchando.

La Alianza de Países consumía todos sus recursos para satisfacer la insaciable guerra que parecía no tener fin, por ello se dedicó a la búsqueda de una nueva nanomáquina capaz de destruir a su propia Cassiopeia-20. De personas infectadas con el virus del ébola se sintetizó una proteína de la cual se creó una nueva nonomáquina: Pyxis, que era un virus programado capaz de reproducirse viajando en la sangre destruyendo la Cassiopeia-20.

Los soldados a lo que les era aplicada la Pyxis morían por fiebres hemorrágicas, ya que en la batalla interna de su cuerpo las nanomáquinas destruían los vasos capilares provocando choques hipovolémicos.

El uso de Pyxis comenzó enseguida, para las batallas las armas de la Alianza fueron adaptadas para disipar dosis de Pyxis con la cual la Alianza de Países aseguró su éxito en la guerra y el fin de esta. La Alianza henchida de poder roció Pyxis sobre todo los países que conformaban la Vertiente Contra y así aniquiló a la población de esas regiones. La relativa paz se instaló en un mundo reducido a la mitad de sus habitantes. Para tratar de consolidar el poder la Alianza hizo inyectar a todos los sobrevivientes dosis controladas de Cassiopeia-20 que limitadas mantenían sanas a las personas permitiéndoles envejecer.

Con el paso del tiempo Cassiopeia-20 empezó a mutar en el cuerpo de las personas, el primer síntoma de ello fue la adquisición de un tono más blanco en la piel, seguida de deformaciones físicas e infertilidad. Cassiopeia-20 también mejoró por sí sola su capacidad de cura y regeneración volviéndose una nanomáquina independiente y hasta cierto modo más inteligente de lo que se pensaba, adueñándose de su portador y tomando el control de su cuerpo.

Los habitantes del nuevo mundo se volcaron contra la Alianza y le exigieron una nueva nonomáquina que les permitiera volver al estado original sus cuerpos y revirtiera los efectos que Cassiopeia-20 había ocasionado. La Alianza ignoró sus súplicas y la población del mundo entró en una psicosis colectiva: ahora eran monstruos deformes incapaces de reproducirse y con un bien que en otra época habría sido imposible conseguir: la inmortalidad.

Hartos de su propia existencia lo habitantes del nuevo mundo se dedicaron por ellos mismos a la búsqueda de la cura o su propia muerte, lo

que pudieran conseguir primero. Los más optimistas se reunieron en jornadas de investigación para hacer experimentos sobre ellos mismos y así tratar de crear la nonomáquina como Pyxis que aniquilara a Cassiopeia-20 y los dejara seguir viviendo. El resto trataba inútilmente de encontrar una manera de morir; venenos, armas, caídas, choques, amputaciones, Cassipeia-20 regeneraba todo, sanaba los tejidos, curaba las enfermedades y los mantenía vivos.

Ese era su caso, se levanta se sacude el polvo; nada, solo un hueso roto que Cassiopeia-20 debe de estar acomodando en este momento. Se revuelve el cabello que alguna vez fue rubio y que ahora no es más que pocos mechones grisáceos. Los ojos azules maldicen la hora en la que lo inyectaron, no queda más remedio: subirá de nuevo las escaleras. No ha comido nada desde hace un mes, porque Cassiopeia-20 encontró la manera de sintetizar el oxigeno de la respiración para su beneficio y los alimentos ya no representan nada para esta nueva forma de vida. ¿Vida?, hace mucho que dejó de serlo. La última vez que vio las noticias aún no había nada, los dirigentes de la alianza habían desaparecido, o tal vez había agotado las últimas dosis de Pyxis en ellos mismos.

Cassiopeia-20 es la nueva Alianza, la que de verdad tiene el control y los obliga a permanecer así, Ha llegado de nuevo a la azotea.

Respira, cierra los ojos, salta. Tal vez mañana intente algo diferente.

Participantes del concurso

Cuicani	José Luis Dorantes Aróstico «Tecolote»
Historias del metro	Paulina Concepción Magaña Valencia «Covachaizzy»
La carta	Carlos Humberto Págaro Balcázar «Umberto Black»
2=1?	Fr. Xavier Jimaréz Rodríguez «Genesis»
Virus o antivirus	Erick Jair Pérez Rivera «Virus Antivirus»
Éxodo	Brianda AnaisEstrada Omaña «Brizz»
Rojo y verde	Cesar Augusto Zapata Guridi «Dr. Tenebrio»
31 de Agosto	Alberto Bonnet Alamo «Dr. Paquentín»
La tarde en que decidí ir sólo	Darío Emmanuel Solano Rojas «Geos»
Un viaje largo	Oscar Rubelio Ramos Gómez «Rago»
Un mar de Haití	Fátima Rondríguez Giles «Poeesa»
Ulioj	Julio AugustoRodríguez Gaytán «Lobo Negro»
Relato de un Angel Humano	Héctor Arturo Ayala Castillo «El Estudiante»
Leones de Etiopía	Elías Agustín Santiago García «Johann Sebastian Mastropiero»
Mi amigo	Luis Enrique Arce Pérez «Cross»
Un amor en tiempos del A/H1N1	Carmen Ménde de la Torre «La Incrédula»
Vainilla	Jorge Beltrán Vilchis «Manolete»
Los cinco reinos	Joel AbrahamGuerrero de la Vega «Zero»
Ojalá todos estuviéramos quebrados	Ricardo Alejandro Barragán Cátedra «Singum»
El cazador de Dragones	Leopoldo Germán Ramos Leguel «Poloman»
Los nuevos habitantes del Oasis	Hanssel Uriel Ventura Reyes «Kdt-CJ»

Simbolismos	Luis Enrique Sánchez Amaya «Heinrich»
Amor a 6 grados de separación	Andrea Galicia Martinez «Tzukino»
La vida Perfecta	Esteban de Jesús Jiménez Santillán «Niño Pobre»
Destino Inmanifiesto	Miguel Álvarez Solís «Mike A.S.»
Aluxe	Daniela Fernandez Carrillo «Dannychic»
Caballero valeroso	Veronica Flore Gutierrez «La pluma fuente»
El Rey de Nubia	Geovanni Israel Álvarez Solis «Geovas»
Viajando	Dayra Escobar Barrera «Daría»
Tiempo del no tiempo	Arturo Sinuhé García Ortega «Pyramid Slayer»
Cuando el refresco nos alcance	Juán Manuel Rivero Fernández «JMRF»
Ya era tarde y las ideas no llegaban	Manuel Romero Núñez «Manu»
Disco de vinil de unos y ceros	Antonio de Jesús Serrano Arellano «Demian Antonio»
Pintada	Claudio Omar Flores Trujillo «Kalo»
Mi amigo el soldado	Oscar Gustavo Llamas Mejía «ABO»
Argentina obsesión	Gabriel Razo Olivares «Duque de Coírino»
El Universo de Kaf	Daniel Costilla Villanueva «Helios Yashe Neglithnum»
El cuento de un oso y ella	Moisés Cruz Vazque «Moi»
Víctor y el dinosaurio	Diego Iván Hernández Hernández «Donald Darko»
Insomnio	Julio Cesar Rojas Flores «Locamentexpression Inc»
Concierto para Melissa	Dario de Jesús Ramírez Texis «Gadeliev»
Vida	Juan Antonio Fonseca Méndez «Logos»
Era demasiado tarde...	Daniel Josué Pérez Cinencio «Wolfwood»
La Noche en que Ellos Entraron	Miguel Ángel Villalba Juárez «MKtronic»
Habitación azul	Bárbara Jaqueline Ramírez Martínez «Celat Black»
El encuentro de Michael	Ricardo Hernández Mora «Patrick James»
La historia de Juan El Santo	Octavio Enrique Abraham García Calles «Henry Galt»
El día en que me enamoré de una motherboard	José Alfredo Carsi Romero «El Lector»
La fusión de dos razas	Jorge Herrera Villalpando «Aztec Boy»
El país de los sapos	Verónica González Pacheco «Letrita Azul»
Somos la noche	Gabriela Alfaro Eulogio «Cany»

La casa de los locos	Juan Manuel García Quintero «Eidan Yoson»
Adriana en potencia	Rey David Pérez Nieves «RexDanato»
El destino del trueno	Israel Domingo González «Xkit»
Triste realidad	José Cruz Casado Hernández «Selenion»
Soledad y Silencio	Héctor Aréchiga de León «Juan Renterías»
Alfa y Omega: Al derecho y al revés	José Eduardo Miranda Barbachano «Bus»
El extravagante caso de un chivo expiatorio o su deseo silibino	Luis David Rodríguez Padilla «Set»
Espiroquetas	Liliana Reyes Méndez «Algarabía»
Tocando las estrellas	Sergio Emiliano Duque Vega «Sir Duke»
El dulce canto ahogado de una pequeña sirena	José Gibrán Alcántara González «Mazzzter»
Inconsciencia	Carlos Gilberto Gómez Monroy «Gilberto Gomo»
Los tres pinitos	Manuel Alexei Vázquez Ortega «Alosha»
Una vida	Alberto Rodríguez Guzmán «Ta_gueule»
Mis 28 días…	Carlos Uriel Miguel Morales «Vulreit»
Ad astra per aspera	Estibaliz Gabriela Molina Ibarra «Caterina Valenti»
La nueva casa	Shamara Zoraida Cruz Alanis «Armio»
El nacimiento de un Gigante	José Bañuelos Pieck «John Mauchly, Piek»
Visionarios	Jorge Isaac Cordero Enríquez «Slevin»
Hoy	Marybeth Garrido Hernández «Natos»
31 de diciembre	Elizabeth Rodríguez Gómez «Shunek»
Deith	Jorge Iván Negrete Rodríguez «Makekko»
Celeste, un joven, una estrella y un gran problema	Jesús Daniel Sánchez García «El soñador a través del tiempo»
Doble sentido	Alejandro Esteban Pimentel Alarcón «Camaleón»
Positivo en J o ir hacia arriba	Rubén Horacio Pérez Fuerte «Cantinflítico»
Reign of love	María Alejandra Montes de Oca Hernández «Alexei Magnuson»
Indiferencia	Héctor Ramón Jiménez Esquivel «Mumm-Ra»
Alguna vez	Darío Urbina Meléndez «Boris»
¡Al fin libre!	Edgar Francisco Aurelio Betancourt García «Pax»
Instrucciones para llamarle por teléfono	Jonathan Alejandro Franco Ortega «Jonathan Peverell»

¿A qué suena la muerte? Nydia Angélica Valencia Molina «Sinsombra»
Lluvia evanescente Sofía Vázquez Topete «Miffis»
¿Donde esta Paco? Lorena Gutiérrez Olvera «Zorenlorenzon 21a»
Solsticio de verano Óscar Andrés Sierra Gómez Pedroso «Borchácalas»
Aquel Ángel Erick Omar Morales Domínguez «NiErickzon»
Dejarte México Mauricio Michel Olvera Zambrano «José Cortázar»
A la orilla de una ilusión Gloria Luz Castillo Barrera «La Legión»
Deseo… Melissa Marquina Moctezuma «Mel»
Las ventanas del alma Laura Hernández González «Pasto Hernández»
Los Soldados de la Fé, sin sombras Angel Emigdio Marmolejo «14 de junio»
Hime Francisco Raúl Arriaga Castro «Loqui»
Que el alma que puede hablar con los ojos Iván Granados Chavarría «G.A.Bécquer»
Mi sueño Salvador Bermudez Gerardo «Anubis»
Dualidad en la Reencarnación Edith Montano Velázquez «Zalux»
Al otro lado del pasto Alejandro César Macías Hernández «Kratzin»
Coneja de la Luna José Omar Mateos Rodríguez «Salamandra»
La manera en que se escribe Sergio Said Llamas «Bionicghost»
La decisión de evolucionar Mario Basurto Amezcua «El Príncipe Midas del Amor»
El despertar de Diego Jaime Cámara Corona «Tan tan»
Norteado Óscar René Contreras Utrera «Corazón Jaspeano»
Cierta historia de amor Jesús Alberto Gartiás «Pastor»
¡Ah, Tchivitos! Jorge Arturo Orozco Carrillo «El "K-Pi"»
Un pequeño héroe logra grandes soluciones Chrisitian Daniel Enciso Padilla «Sam»
Una comida llena de platinos Luis Jesús Landín Marín «Dr Cristal»
Ingenio Ariel Bolivar Ramírez Hernández «Programeitor»
Grabaciones César Heber Gómez Cisneros «Quirino Satie»
Y tenía un poco de prisa Martín Jurado Pedroza «Bananin»
El gran acto Juan Manuel Acevedo Valle «Yumilceh»
Otro día Gerardo Alonso Quiñonez «Gerii»
Perspicacia Iván Benjamín Ambríz Casillas «Kursteilnehmer der Klugen Leuter»

Homofóbico Emmanuel Álvarez Ayala «T. Dunlap»
El sueño en la obscuridad Dafne Casandra Pérez Ruíz «Cleophe»
Esclavo del poder Cristian Alexis Pulido Gómez «Lobo Estepario»
El país que no sabía que podía pensar Rafael Morales Gutierrez «Raffles 496»
El último vuelo del Vostok Rodrigo Lerma González «P.R.»
Un forastero en un mundo de sueños Ramiro García Contreras «Rami»
Ensoñación de tranquilidad Julian Santiago Rojo Conde «Monty»
La sed de las golondrinas César Pérez Apolinar «Chichihualquense»
Nocturno Mario Alberto Mancilla Flores «Boquerón de Azúcar»
Una vida en 30 días Samany Itzel Diaz Luna «Goyita»
El amor como un pecado Ana Laura Durán Cuevas «Anita»
Perder el alma apróposito Elisa Yasmin Rojas Plácido «Lp.»
Sayu 7 a.m. Luis Antonio Sánchez Pacheco «Luizo»
La humanida del ingenio Leonardo Daniel Hernández Saldivar «Leojuggler»
El viaje por el universo José Luis Ortiz Camargo «Cosme Mar»
El ojo de Xen-Khan Néstor López Valdés «Enelev»
Libro segundo: Dualidad Christopher David Gómez Hernández «Yamal od-Din Rumi»
Sueños de vida y de estrellas viajeras Erika Rodriguez Perez «Drachell RS»
Mandarinas Pasadas Servando Rafael Cortres González «Xicotencatl»
Sirena Alejandro Camacho Orea «Fragmento trece»
Gatito Negro Emilio Alquisira Alquicira «SC LEE»
El hombre cauteloso Eduardo Paredes Hernández «Lalo Lomeli»
Ojalá Luis Jesús Salazar Velázquez «Nessun»
El reflejo de Tomy Daniel Horacio Rodríguez Mandujano «Growith Simpson»
Santiago Vanessa Raquel Arriaga Contreras «Rakava»
Más allá que una pintura Ana Laura Ramírez Medina «Anídem Mayela»
La choza Juan Manuel Romero Bravo «Alma Espacial»
La parca en biología Gustavo Ortega Jiménez «Juan Domingo Salvador»
Una pregunta inesperada Alfredo Trujillo Fuentes «Señor R.»
El bosque Juan González Ruano «Faero»

Nog el choque entre las dimensiones	Jean Carlo Andrade Ramírez «Necfo»
Reflexiones o de la vida	Pablo Gómez Pérez «Un Ignorante»
Profecía sobre un enemigo	Alan Sampson Rojas «The Wanker»
Clepsidra	Gabriel Huichán Muñoz «G.H. Lasker»
Polvo de hadas	Zaireth Guzmán Austria «Lilly Spaggetti»
El Refugio	Miguel Angel Sánchez García «Revan»
Apartamento 413	Vanessa Guadalupe Valdez Romero «Carmesí»
Changobús	Salvador Gómez Moya «Rino No. 1086»
Él no murió	Mariana Karim Ruiz Estrada «Kalipzo»
El único más	Violeta Priscila Villegas García «Vinca Myosotis»
Vero y la chica de pelo azul o un cuento sin moraleja	Rosalba Solís Soriano «Rocío Blanco»
Pegaso	Sergion Ivanhoe García Sánchez «Canilo»
El dedo del muerto	Daniel de la Parra Ramos «Dani de Arco»
Dulce desesperación	Alejandro Martínez Paniagua «El Magno»
Sentido en ti	Yidel M. Mendoza Flores «Yoy»
Apaga la luz	Israel Narváez Juárez «Kongbook»
El principio el fin	Amalia Elizabeth Macías Rojas «Frau Mond»
El día de la gran carrera	David Zavala Guzmán «Felipe Mejía»
El cuentacuentos	Alan Hernández López «Ollivanders»
Nuestras raíces	Miriam Gómez Luna «Ilune»
Anguilas	Carlos Alberto Nolasco Castrejón «Snail»
Encuentro inesperado	Francisco Barrera Del Rayo «Franciscovery»
Permiso obtenido entre invierno-primavera	Juan Carlos Hinojosa Mora «Juanillo»
Síndrome de Estocolmo	Pablo Iván Muñoz López «Pisanlov»
La cobija	Pablo Vinicio González Rodríguez «Efisio Adonay Acevedo Bechelani»
Un día de esos	Omar Muñoz Villarruel «DK»
Las tres monedas y el poeta	Isaí Jonathán Torres Landín «Isaac Zumárraga»

udae
PUBLICACIONES FI

Primer concurso Cuentacuentos se publicó digitalmente en el repositorio de la Facultad de Ingeniería en mayo de 2022. Su versión original se imprimió en 2012 con un tiraje de 250 ejemplares.

El cuidado de la edición y diseño estuvieron a cargo de la Unidad de Apoyo Editorial de la Facultad de Ingeniería. Las familias tipográficas utilizadas fueron Calibri para títulos y Arno Pro para textos con sus respectivas variantes.




VINCULOS


INGENIERIA